
A la luz de
una luna azul
Juan Carlos Boveri

Imagen: Espera – JB

1 – Alguien que hace cosas malas

Estoy con una mujer y voy a matarla.

Se llama Oriana Arroyo.

Puede ser que muchos no lo crean, pero el nombre tiene una poderosa influencia en las vidas de las personas. Y en sus muertes. En el nombre de esta mujer se encuentra el secreto de por qué nació y por qué morirá.

Ella ni siquiera sospecha que está en peligro. Ninguno de sus instintos le da la menor advertencia. ¿Quién puede saber que el peligro acecha como un animal agazapado en las sombras y lo atacará imprevistamente?

El animal adoptará la forma de una enfermedad, de un accidente, de un criminal. Caerá sobre su víctima dispuesto a destruirla sin piedad. El animal está junto a ella. Tomó mi forma.

Yo soy ese animal.

2 – Alguien que hace cosas malas.

La mayoría de las personas nos vemos normales y corrientes.

¿Cómo descubrir al perverso o al psicópata, al malvado o al asesino? ¿Qué aspectos hay en ellos que los haga diferentes? Es el don que posee el mal: saber esconderse, permanecer en las sombras, ser una sombra detrás de las luces que encandilan.

No sé por qué voy a matarla. Tal vez sea una fuerza que penetró en mí y me arrastró desde que nací.

Oriana no hizo nada para molestarme.

Fue elegida del mismo modo en que se puede seleccionar a una actriz para un papel en una película.

3 – Alguien que hace cosas malas

Oriana está desnuda, acostada boca abajo en la cama.

Su cuerpo es delgado y su piel, muy blanca.

La tomo del pelo. Veo una parte de su cara. Es la cara de alguien alejado por un momento de todos los males del mundo. La cara de alguien que observa con serenidad la quietud de una montaña o el tranquilo paso de las aguas de un río.

Tiro con fuerza de su pelo.

Su cabeza se levanta, su cuello se arquea, queda descubierto, indefenso, largo, como el de uno de esos cisnes que se deslizan en un lago.

Con el cuchillo hago un tajo de uno a otro extremo del cuello. Suelto el pelo.

Su cabeza cae inerte sobre la almohada.

Con su sangre, dibujo en su espalda.

1 – A veces se mezcla un poco de esto y otro poco de aquello

Hace una semana que trata de leer *País de Nieve*, de Yasunari Kawabata, pero no avanza más de tres páginas. Todo lo que sabe es que hay una chica llamada Yoko y que cerró una ventanilla del tren.

Por encima del libro, mira a Heidi buscando un libro en la biblioteca. Es muy delgada, mide 1.66, tiene un lacio cabello rubio que cae a lo largo de su espalda.

Está descalza y lleva puesto un jean recortado a la altura de los muslos y una musculosa negra.

Siempre camina con la espalda erguida, como una modelo, y tiene un aire distante, como si pensara en otra cosa de lo que pasa a su alrededor.

Ella sabe lucir lo formal o lo informal. Puede usar tacos altos o zapatillas sin perder la gracia y la femineidad. Tiene impecables sus manos y sus pies y es imposible sorprenderla con las uñas despintadas o sin perfume.

—¿Qué tal es?

Le muestra *Alquimia y mística*, de Alexander Roob.

Le responde con un gesto ambiguo.

Ella separa las piernas y se sienta a caballo sobre las suyas.

Lo besa y pregunta:

—¿Me querés hasta la vereda de enfrente?

—Hasta ahí, sí.

Ve cómo su cara se ilumina con una sonrisa.

—La semana pasada me querías hasta la puerta. Cada día me querés más. Buenísimo. Te traigo un jugo de zapallo cosechado en Taiwán.

Lo hace sonreír. Ella siempre parece estar de buen humor y no tomar nada en serio, como si nada la molestara.

La conoció hace ocho meses y llevan dos viviendo juntos.

Comenzó quedándose un par de días y terminó siendo parte del paisaje del departamento, como los cuadros o los libros.

2 – A veces se mezcla un poco de esto y otro poco de aquello

Desde que viven juntos, le preocupa el paso del tiempo.

Tiene cincuenta años. Veinticinco más que ella.

Le gusta su cuerpo, lo cariñosa que es, lo sensual que puede ser; la inagotable energía que tiene. Pero muchas veces piensa que es demasiado joven para entenderlo. Y él demasiado viejo para entrar a su mundo.

No tiene la menor idea de quiénes son esos conjuntos musicales ni cómo se llaman las canciones que escucha. Es cierto que pueden hablar de cine.

Heidi sabe bastante por su trabajo en el video club.

Cuando nombró a Virna Lisi pensó que no sabría quién era. Pero había visto *Cómo matar a la propia esposa* y *La hora 25*.

Muchas cosas de ella le resultan sorprendentes, aunque no se siente seguro de cómo es realmente.

A veces, le parece muy inteligente y culta y otras, una tonta e ignorante. Un día puede recitar un poema de Anne Sexton y al siguiente decir que no tiene la menor idea de quién es Chéjov o preguntar si Alaska es la capital de Canadá.

Vuelve con el jugo y sanguches de miga comprados.

—Pat, me olvidé de decirte que llamó don Orbietto.

Le dice Pat como diminutivo de Patricio. «Suena más de película», dijo la primera vez que lo llamó así. «Oye, Pat, ¿quieres que tu nena te sirva otro trago?».

No tiene dudas de que ella pone la alegría y muchas veces se pregunta cuándo perdió «eso» que a ella le sobra.

—¿Qué dijo?

—Insiste en que vaya con él a la pileta para enseñarme saltos ornamentales. Le dije que me da miedo. Dice que se me va a pasar el primer día saltando del trampolín más alto. Le dije que ni loca me tiraba. Entonces, me amenazó con empujarme si no lo hago yo. ¿A vos te parece que es manera de enseñar?

Comienza a comer un sanguche. Imaginar a Orbietto practicar saltos ornamentales le causa gracia. Es de los que se van metiendo al agua tanteando si está fría.

—Mirá si salto del trampolín, choco contra el agua y se me revientan las tetas. No sé cómo le permitís que me haga esa clase de invitaciones que ponen en riesgo mi vida.

—Además de invitarte a la pileta, ¿agregó algo más?

—Me ofreció cocaína.

—Alcanzame el teléfono.

—¿Le vas a dar una paliza?

Otra vez lo hace sonreír.

—Si mi vida no vale nada para vos, voy a ir a la pileta aunque termine en una silla de ruedas. En una de esas, antes de quedar paralítica, hasta puedo ser útil por última vez. Me quedo atenta y cuando don Orbietto dé su famoso triple salto mortal, si veo que va cayendo medio torcido lo abarajo.

Patricio no puede contener una carcajada

Orbietto pesa ciento veinte quilos y Heidi apenas si alcanza los cincuenta.

—¿Vos creés que me estampilla contra el fondo de la pileta?

Orbietto atiende el teléfono y lo escucha reírse. Le dice una mentira para justificar la risa.

Cuando cuelga, Heidi pregunta:

—¿Te llamó por lo de las mujeres?

Él toma el jugo que, por supuesto, no es de zapallo y está preparado con uno de esos de naranja deshidratada que se venden en sobre. Le responde afirmando con la cabeza.

—Con esta pobre son ocho.

—Ajá.

—¿La degolló y dejó un dibujo en la espalda?

No le responde. Llena de tabaco el hornillo de la pipa.

Heidi, sentada en el sillón frente a él, estira la pierna y con el pie le toca la barriga varias veces.

—Dale, decime —lo sigue pateando hasta que le contesta.

—Sí.

—¿Puedo dar una opinión casi científica, fundamentada en el *Misterio del cuarto verde*?

—No. Y el libro es *El misterio del cuarto amarillo*.

—A ese no lo conozco. ¿Es la continuación del otro?

Patricio se encuentra en uno de esos momentos en los que duda si ella es boba o el bobo es él siguiéndole el juego.

—Para mí, el asesino hace como el famoso pintor Picasso, que vos debés conocer, con el cuadro *Guerrica*. La señorita Aureliana Márquez, que era mi profesora de dibujo en el secundario, explicó que el cuadro era como simbólico y cada figura tenía como un sentido. No me acuerdo cuál. Pero el toro no era un toro; la paloma tampoco era una paloma.

—El cuadro es *Guernica.*

—Sí, ese. Miralo, vas a ver que hay como un caballo que no es un caballo como una cree.

Es un secreto que el asesino deja un dibujo en la espalda de las víctimas. Muy pocos están enterados. Heidi lo sabe.

—¿Cómo te enteraste? —le preguntó un mes atrás.

—Espío cuando hablás con don Orbietto.

Lo dijo como la cosa más natural del mundo.

—No me gusta que nos espíes. Es un tema muy delicado.

Moviendo la mano como si espantara una mosca, le dijo:

—A mí no me interesan los crímenes. Escucho por si hablan de tus putis. El ojo de la oveja engorda al amo.

3 – A veces se mezcla un poco de esto y otro poco de aquello

Terminó por acostumbrarse a que Heidi sepa todo lo que ocurre dentro de la casa; que se saque las zapatillas y las deje desparramadas en el living, ponga plantas y adornitos, encienda sahumerios o tire el chicle en el cenicero que él usa.

Al comienzo le costó, pero fue perdiendo la sensación de ser invadido y se sintió derrotado por lo que definió como: «Una mocosa caprichosa que se mete donde no debe».

—Es bueno que fumés en pipa. El cigarrillo es muy malo para los testículos.

—Para los pulmones.

—Para los testículos es peor. Encendé un cigarrillo. ¿Dónde querés que te lo apague? ¿En el pulmón o en los huevos?

1 – Alguien que hace cosas malas

Ella se acostaba en mi cama.

Se quitaba la bata y se metía bajo las sábanas. Me sacaba la ropa interior. Me tocaba. Hacía que la tocara, que pasara mi lengua por sus enormes pechos. Refregaba mi cuerpo contra el suyo. Decía palabras sucias. Respiraba agitada y soltaba el aire contra mi cara.

De pronto, parecía estar cansada y se quedaba quieta.

Después, me daba un beso; volvía a ponerse la bata y, en mi oído, decía:

—Qué tengas lindos sueños.

Durante años se acostó desnuda en mi cama.

Creo que yo tenía doce cuando me di cuenta de su olor. Olía a ginebra y a esa colonia inmunda que usaba. Sentí asco cuando empujó mi cabeza poniéndola entre sus piernas y me obligó a pasar mi lengua por su vagina sucia y con un sabor a podrido que me provocó un intenso deseo de vomitar.

La odié.

—Que tengas lindos sueños —dijo en mi oído.

Se dio vuelta y abrió la puerta del dormitorio.

—Tu olor es de una borracha asquerosa —le dije.

Se detuvo. Giró el cuerpo. Apretó los dientes. Con el puño cerrado me lanzó un golpe. Me partió el labio. La sangre me chorreó por el mentón y el cuello.

Gritó:

—¡Soy tu madre! ¡Nunca vuelvas a hablarme así! ¡Yo soy la dueña de esta casa y aquí se hace lo que yo quiero!

2 – Alguien que hace cosas malas

Al día siguiente hice esto:

Llamé a Karpo. Se acercó a la comida que le preparé. Le acaricié la cabeza. Era un gato de dos meses cuando ella lo trajo a casa. Ella adoraba a Karpo.

Cuando regresaba del trabajo llamaba al gato. Él siempre iba junto a ella. Dormía en su cama y se echaba con las patas hacia arriba, ronroneando, mientras le rascaba la barriga.

Dejé que Karpo acabara de comer.

Lo levanté. Reclinó su cuerpo sobre mi brazo.

Sentí su calor y la suavidad de su pelo.

En mi mano sostenía un cuchillo.

Llevé a Karpo al baño.

Lo sostuve del pellejo de la parte de atrás de su cabeza.

El gato pataleó en el aire, agitándose con desesperación por sobre la bañadera.

Puse el cuchillo en su cuello. Lo degollé.

Su cabeza se volteó hacia un lado.

La sangre se derramó en la bañadera.

Lo solté. Produjo un sonido seco al chocar contra el piso de la bañadera.

Busqué un ovillo de hilo con el que Karpo jugaba hasta desenrollarlo por completo.

De ese ovillo corté un poco más de dos metros de hilo.

Regresé al baño.

Tomé al gato por las patas traseras. Las até dando varias vueltas alrededor de ellas con el hilo. Pasé el hilo por encima del caño de la ducha. Tiré de un extremo del hilo. El gato se elevó. Até el hilo. El gato quedo colgando, balanceándose durante unos segundos. Salía sangre del tajo en su garganta. Caía en gotas.

Salí del baño. Tendí el mantel, puse la mesa. La comida estaba preparada. Encendí el televisor. Me senté apoyando los codos en la mesa. Esperé. Ella llegó. Llamó a Karpo. No me moví. Entró a la cocina. Echó una mirada a su alrededor.

—¿Karpo? —me preguntó.

No le contesté.

Apenas miró mi cara inflamada, mi labio partido.

Fue a los dormitorios. Seguramente, buscó bajo las camas y dentro de los armarios.

Finalmente, entró al baño. Escuché su grito

Demoró unos segundos en correr hasta la cocina.

Se quedó parada en la puerta. Sus ojos estaban enrojecidos. Su cara, desencajada. Me miraba. Sostuve su mirada.

En mi mano tenía un cuchillo.

Ella se quedó quieta, en silencio.

Como si hubiera corrido una carrera muy larga y, quedándose sin aliento, no pudiera articular una sola palabra.

Sin apartar mi mirada de sus ojos, muy lentamente, moví el cuchillo de uno a otro lado.

Comencé a sonreír.

Entendí lo que había en sus ojos.

Era miedo.

Me temía.

Descubrí que había algo distinto en mí.

No siempre todo es como parece

—¿Vio, señora? Otra mujer que matan y la policía que no hace nada —dice Mabel, mirando el noticiero de televisión por encima del cuerpo de Camila. Le ata el cabello con una cinta.

Mabel mira a la madre de Camila y piensa que siempre la ve triste. Varias veces la encontró llorando.

Conoce el motivo. Pasó por lo mismo.

—A usted, que sabe karate, el asesino no podría atacarla.

—Fui dos años y dejé. No me sirve de nada.

Mabel la ve contestar el teléfono.

Habla con el marido.

A la noche, cenan con los padrinos de Camila.

Ella casi no responde y cuelga sin despedirse.

Su marido es Federico Cugi.

Ella es Juliana Cugi.

Esta sentada en un sillón con las piernas cruzadas y lee una revista. La semana anterior cumplió veintiséis años.

—Saludá a mamá, ya nos vamos a la plaza.

La niña la abraza. Juliana le da un beso y le acaricia la cara.

Juliana es una mujer de cuerpo delgado y atractivo, más bien alta y con cabellos rojizos que le cubren la mitad de la espalda.

En una de las paredes hay un cuadro.

Juliana lo mira.

Es *Tarde estival en la playa de Skagen*.

Un hombre, una mujer y un perro pasean junto al mar.

Son Peder y Marie Kroyer.

Años después, ella lo engañó con otro y lo abandonó.

Él murió sifilítico, demente y casi ciego.

Arte y realidad. Felicidad pasajera. Felicidad ficticia.

Con voz apenas audible, como si le hablara a alguien, dice:

—Nada es lo que parece.

1 – Hay quienes preguntan y quienes no encuentran respuestas

Orbietto siempre se sienta en el mismo sillón.

Tiene bigotes frondosos, muy negros y teñidos como su pelo, escaso y peinado hacia atrás.

Toma café y su coñac preferido mientras habla de los asesinatos de las ocho mujeres.

Con Patricio se conocieron hace veinticuatro años, jugando ajedrez en el Club Argentino.

Orbietto, cinco años mayor, ya era un abogado respetable.

Se hicieron amigos y fueron socios en el estudio jurídico hasta que Patricio abandonó la abogacía.

Su orgullo quedó herido cuando un cliente fue condenado a cadena perpetua siendo inocente.

No quiso exponerse a que lo mismo pudiera ocurrir otra vez.

Se dedicó a escribir novelas policiales con el seudónimo Octavio Dupont y a vivir de las rentas del campo y las propiedades que heredó de su padre, el abogado y senador MIguel Lavardén.

Orbietto fue nombrado juez y renunció unos años después, cansado de la corrupción judicial.

La experiencia como juez le sirvió para ganar contactos en la policía y los juzgados, que fueron muy útiles para la afición que comparte con Patricio: investigar crímenes.

Intervinieron en casos por los que ganaron fama apareciendo seguido en televisión. Incluso, la policía suele consultarlos.

En *El caso de las esposas asesinadas*, como lo llama la prensa, Orbietto es abogado de la querella contratado por el marido de una de las víctimas.

Un par de veces por semana se encuentran a conversar, comer y jugar al ajedrez.

Son grandes lectores de novelas policiales.

Detestan esa clase de novelas en las que el criminal es descubierto porque en la suela de sus zapatos había tierra roja que solo se encuentra cerca de los riscos; y en toda la novela nunca se mencionó la tierra roja, que solo ve el detective.

Una buena novela de crímenes debe dar pistas precisas para que el lector pueda descubrir al asesino.

En *Crimen en el Expreso de Oriente*, Ágata Christie da la pista fundamental: las puñaladas; unas profundas, otras superficiales; unas, ejecutadas con mano izquierda; otras, con diestra.

2 – Hay quienes preguntan y quienes no encuentran respuestas

Heidi parece de menos edad de la que tiene. Sobre todo, con las dos trenzas que se hizo.

Sus padres murieron y quedó a cargo de una tía.

Más adelante, alquiló un departamento antiguo de un ambiente. Patricio la quiso ayudar para que se mudara a uno más cómodo. Ella se negó.

—No, Pat. Eso es cosa de gatos. Lo mío no pasa por ahí. Yo voy por todo. Tu departamento, el campo, el auto...

En este momento, le quita el papel a un chicle, lo hace un bollito y, desde un par de metros, lo emboca en el cenicero.

—Buena puntería —dice Orbietto.

—El que tenía puntería era Rodolfo Ordóñez, el vecino de mi abuelo. Mataba pajaritos con un rifle de aire comprimido. Nunca erraba. Uno solo sobrevivió y lo aplastó de un culatazo.

—Una crueldad.

—¿No me diga? ¿Entonces qué le parece matar una vaca que no hace mal a nadie, ponerle sal y comérsela con ensalada?

—Eugenio, no se la sigas, sino hasta la noche no para.

—Como decía mi abuelo, el poeta: «Nada hace arder tanto el culo como la verdad».

Deja el celular sobre la mesita.

—Si me llaman, digan que estoy en una reunión, como dicen ustedes los abogados. Ya me estoy yendo.

Patricio enciende la pipa y dice:

—Lo peor es que todo el día es así.

—Pone una cuota de inocencia. Además, hay que reconocer que un poco de razón tiene —dice Orbietto.

Se calla prestando atención a la música.

—Chet Baker es el intérprete perfecto de *Time after time*. La heroína y alcohol fueron una buena mezcla para terminar con el tiempo que viene después del tiempo —dice.

Da unas pitadas al cigarrillo y agrega:

—Chet tomó impulso y se tiró de un décimo piso. Dicen que iba cayendo mientras tocaba la trompeta.

Orbietto lanza una risita. Le hizo efecto su propia gracia.

En casa de Patricio la música cesa cuando se va a acostar y mira televisión hasta quedarse dormido.

Es casi imposible que a su alrededor haya silencio.

Vive en un semipiso en la calle Charcas, cerca de Thames, en el barrio de Palermo.

En la sala hay una enorme biblioteca, una mesa de comedor, sillones de cuero negro y, en las paredes, copias de cuadros famosos. En la puerta del baño, un póster de Audrey Hepburn con la larga boquilla que usó en *Desayuno en Tiffany´s*.

El póster lo puso Heidi.

—Sabés que te parecés a Audrey Hepburn —le dijo Patricio la segunda vez que salieron.

—Mi mamá decía que si me teñía el pelo era igual a ella. Mi mamá la adoraba. Vio todas sus películas. Lo que son las cosas, mi mamá murió el mismo mes y año que ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Miró hacia un costado.

Rápidamente, volvió a mirarlo sonriendo.

—¿Te gusta Audrey Hepburn? —le preguntó.

—Siempre fue mi actriz preferida.

—¡Qué bien! Entonces, voy a ser tu chica preferida.

3 – Hay quienes preguntan y quienes no encuentran respuestas

—Estas mujeres fueron tan inmorales como para permitir que un tipo refregara las bolas en las camas en que dormían con sus maridos. Todo los que les importó fue gozar con el amante. Y él les dio goce eterno —dice Orbietto.

Pertenece al tipo de hombres que considera imperdonable la infidelidad femenina. Pero acepta la del hombre como producto de la naturaleza masculina.

Apaga el cigarrillo, enciende otro y dice:

—El fiscal Bogo es buen tipo, pero no tiene la capacidad suficiente para un caso de esta magnitud. La policía, los peritos y el juez Artaña son unos pelotudos.

—El asesino corre las 24 Horas de Le Mans con veinte horas de ventaja.

—Nosotros somos como la liebre y la tortuga. La libre corría rápido, pero la tortuga la alcanzó.

—Porque la liebre se quedó dormida —dice Patricio.

—Tarde o temprano, el asesino cometerá un error, se quedará dormido. Entonces, veremos quién llega primero.

Patricio da una bocanada a la pipa, suelta el humo, se queda mirando cómo asciende y, con un tono irónico, dice:

—Tratá de no quedarte dormido vos.

Orbietto sonríe con suficiencia.

—Sufro de insomio —le contesta.

El caso de las esposas asesinadas

Las ocho víctimas eran mujeres casadas, con hijos, de clase media, y edades entre los veintiséis y los cuarenta años.

Los crímenes ocurrieron en tres barrios: Palermo, Caballito y Belgrano. Comenzaron el 30 de noviembre de 2001 y siguieron con una frecuencia aproximada de tres meses.

Todas las mujeres fueron asesinadas en sus propias camas. El día que las mataron, las mucamas no estaban en las casas. Algunas, llevaron los niños a la plaza, trabajaban medio día o tenían la tarde libre por asuntos personales. Sin excepción, había motivos para que estuvieran ausentes y era habitual que hicieran lo mismo todas las semanas.

Todas las víctimas eran madres. Tenían hijos de edad escolar primaria y un par de ellas, adolescentes, en la secundaria.

Medían entre 1.52 m. y 1.65 m. Pesaban desde 53 a 62 kilos. Las mataron entre la una y las cinco de la tarde.

Todas estaban desnudas y acostadas boca abajo.

En todos los edificios, los porteros se encargaban de acompañar a los técnicos de servicios hasta los departamentos.

Se descartó que el asesino se disfrazara como uno de ellos.

Las cámaras de seguridad no registraron movimientos sospechosos o personas que llamaran la atención.

Nadie puede explicar el modo en que consigue ingresar sin ser visto.

Tampoco se encontró la razón por la que tantas mujeres le dan acceso a sus casas.

No se encontraron signos de resistencia a un ataque sexual.

Ninguna ingirió drogas, medicamentos o un exceso de alcohol. No se detectaron golpes en la cabeza o el cuerpo.

No se encontró ninguna causa que pudiera hacerles perder la conciencia para, luego, ser asesinadas.

No había semen en el cuerpo de las víctimas, las sábanas, la ropa o el piso.

El asesino limpió las manos y las uñas de las víctimas con agua y jabón. No dejó huellas digitales ni ADN.

Las mató cortándoles el cuello con un cuchillo. Nunca usó el mismo. El tamaño de la hoja fue de quince centímetros.

Los cortes los hizo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, tanto con mano derecha como izquierda, lo que muestra que es ambidiestro.

Usando sangre de las víctimas, hizo dibujos en sus espaldas.

Pintó con el dedo cubierto por un guante o un paño.

En todas las víctimas, dibujó la luna en cuarto menguante.

Además, en cada mujer, agregó un dibujo diferente:

En la primera víctima (Flavia Arana), un pájaro.

En la segunda (Daniela Trevi, la representada por Orbietto, a pedido de su marido Adrián Trevi), una rosa.

En la tercera (Carla Iturbe), un pez.

En la cuarta (Marcela Derrida), una almeja o una ostra.

En la quinta (Viviana Olivares), un collar, quizás, de perlas.

En la sexta (Diana Raggi), olas de un mar.

En la séptima (Jorgelina Ferrands), una manzana.

En la octava (Oriana Arroyo), un cisne.

Se cree que los dibujos forman un mensaje.

Ese mensaje es un enigma que nadie puede descifrar.

1 – Alguien que hace cosas malas

Se emborrachaba todos los días. Perdió su trabajo y empezó a llevar hombres a la casa. Escuchaba sus gemidos y el ruido de la cama movida por los cuerpos.

Las primeras veces me tapaba los oídos con auriculares escuchando música. Después, dejó de importarme. Los ruidos que salían de su cuarto eran como los del ascensor cuando subía y bajaba y los oía constantemente, pero ya no les prestaba ninguna atención.

Una noche entró desnuda en mi dormitorio. Estaba muy borracha. Quiso acostarse en mi cama.

Me levanté y la saqué a empujones. Durante un rato, la escuché llorar y llamarme desde el otro lado de la puerta.

No le abrí. Fue la última vez que lo intentó. Me tenía miedo. Nunca lo dijo, pero sé que eso sentía.

Su miedo apareció con la muerte de Karpo y creció con el incidente de Maca.

2 – Alguien que hace cosas malas

Maca era mi compañera en el primer año del secundario.

Podría decirse que era mi amiga.

Visitaba muy seguido su casa.

Sus padres parecían tenerme un poco de cariño. Muchas veces me invitaron a comer y yo aceptaba porque era una buena manera de estar lejos de la casa en la que vivía esa mujer.

Teníamos trece años y nos gustaba escuchar música, hablar de nuestros compañeros de escuela y los profesores. Le decían Maca, pero su nombre completo era Macarena.

Su padre era regordete y propenso a contar chistes estúpidos.

Como fuera, ella podía decir que tenía un padre. Todo lo que supe del mío me lo contó la que decía ser mi madre. Dijo que nos abandonó seis meses después que nací.

Con los años, pensé que ella no estaba segura de quién era mi padre. Jamás me interesó conocer algo de él. Hay demasiados hombres así. También demasiadas mujeres como ella.

Los padres de Maca actuaban como gente normal. No me gustaban. Detesto a las personas que ocho meses antes saben el día y la hora en que saldrán de vacaciones.

Maca se comportaba como una hija digna de esos padres.

Había tenido un hermano que se ahogó a los siete años. Era dos años menor que él, pero tenía recuerdos de ese tiempo. Solía decir que sus padres se preocupaban tanto por ella del miedo a que se muriera como él.

Pensé en lo que ocurriría con sus padres si a ella le pasaba alguna cosa grave. ¿Cómo seguirían viviendo?

Desconozco por qué esta idea comenzó a obsesionarme. Todas las noches me acostaba e imaginaba la cara de los padres

de Maca al encontrarla muerta. Los veía, días después, conversando conmigo, sentados en el sillón donde siempre se ponían uno junto al otro para ver la televisión.

Los imaginaba preguntando sobre Maca.

Los veía impidiendo que me fuera demasiado pronto, en un intento angustioso de llenar, aunque sea por unas horas, el vacío que había quedado en la casa.

3 – Alguien que hace cosas malas

Una tarde estaba en la habitación de Maca. Ella se acostó en el piso. Puso un pequeño almohadón bajo su cabeza. En las manos tenía un conejo de paño al que había bautizado Caramelo.

Me acosté a su lado, boca abajo. Me golpeó la cabeza con el muñeco. Me golpeó con poca fuerza varias veces hasta que la tomé del brazo. Ella forcejeó. La sostuve de ambos brazos, poniéndolos en cruz contra el suelo. Ella movía la cabeza hacia uno y otro lado y trataba de liberarse. De pronto, se quedó quieta, como si se hubiera quedado sin fuerzas.

Lo que ocurrió fue imprevisto para ella y para mí. Acerqué mi cara a la suya y la besé en la boca. Me aparté rápidamente.

Me acosté boca arriba. Puse un brazo sobre mis ojos.

Ella quitó mi brazo. Sus labios rozaron los míos. Pasé una de mis manos por su cuello, atrayéndola hacia mí. Nos besamos con

intensidad, apretando nuestros labios. Con la punta de mi lengua abrí sus labios. Mi lengua entró en su boca y chocó bruscamente contra su lengua. Nos separamos.

Sus mejillas estaban enrojecidas. Puse mi lengua en su boca y, ahora, con más sabiduría, nuestras lenguas se unieron.

Nos tocamos por debajo de las remeras. Bajamos los cierres de nuestros pantalones y metimos las manos dentro de nuestra ropa interior. Su vagina era pequeña, estaba cerrada y seca.

Escuchamos ruidos cerca de la puerta del dormitorio. Nos separamos con rapidez. Nadie entró. Ella se arrodilló a mi lado.

—¿Me querés? —preguntó.

Fue sencillo mentirle. Fue sencillo aprender que la gente acepta más fácilmente las mentiras que las verdades. Es muy simple mentir. Todos creen lo que quieren escuchar.

4 – Alguien que hace cosas malas

Creo que aprecié a Maca. Pero al día siguiente de nuestra escena amorosa me desperté con esa idea que repicaba en mi cerebro. ¿Por qué no? Durante toda la mañana imaginé lo que iba a hacer. Sentía una inquietud que precisaba calmar.

Llamé a su casa. Le dije de encontrarnos.

Ella y sus padres iban a un club todos los sábados.

Le pedí que no fuera.

Podía mentirles diciendo que debía estudiar para una prueba que rendíamos el lunes. Accedió.

Ella no estaba habituada a engañar a sus padres.

Lo hizo por mí. Deseaba estar conmigo.

Llegué a su casa cerca del mediodía. Dudó en el modo de saludarme. Besó mi mejilla. La tomé de la cara y la besé en la boca.

Fuimos a su dormitorio. Nos acostamos en la cama. Nos desnudamos. Su piel era suave y olía bien. Sus pechos eran pequeños y sus pezones muy oscuros. Las piernas eran delgadas, huesudas, y sus pies demasiado grandes.

En su pubis había un puñado de vello negro. La vagina seguía seca, cerrada. Sentí en mi mano cómo su vagina se humedecía y se abría como una gasa atravesada por mi dedo. Gimió. Moví mi dedo en su vagina. Lamí sus pezones. Tenían un gusto joven que me agradaba. Pero era su vagina lo que atraía todo mi interés. Quería meter mi dedo tan adentro como pudiera.

Ella besaba mi boca y mi cuello. Todo lo hacía en forma torpe Respiraba de manera entrecortada. Saqué el dedo de su vagina; mi dedo tenía un poco de sangre. Llevé el dedo a mi boca, chupé la sangre. Me gustó hacerle perder la virginidad con el dedo.

Subí sobre ella. Demoró en moverse. Al fin, encontró el ritmo.

Nos movimos con lentitud. Aumentamos la velocidad del movimiento. Por momentos, nos desencajamos. Conseguimos recuperar la posición. Sucedió lo mismo dos o tres veces. Hasta que pudimos acomodarnos exactamente.

Sentí una intensa sensación de placer y mi cara se hundió entre su cara y su hombro.

5 – Alguien que hace cosas malas

Miramos el techo y las paredes. Nos tomamos de las manos. Con un pie acarició el mío. No me gustaban sus pies. Le solté la mano. Me incorporé. Preguntó adónde iba. Hice un gesto señalando entre mis piernas.

Busqué el cuchillo en mi mochila. Fui al baño. Envolví el cuchillo en una toalla. Volví al dormitorio.

Vio la toalla. Dijo si pensaba limpiarla.

Le dije que se pusiera boca abajo. Lo hizo sin titubear. Le acaricie la espalda. Soltó una risita. Acababa de meter mi dedo en su ano. Saqué el dedo de su agujero. La agarré del pelo. Tiré su cabeza hacia atrás, tironeándola del pelo, creyó que era un juego.

Pasé el cuchillo por su garganta.

El corte no fue lo bastante profundo.

Dio un manotazo desesperado.

Con su otra mano se tomó la garganta.

Salía mucha sangre.

Le clavé el cuchillo en la nuca. No entró por completo.

Consiguió girar el cuerpo hacia un costado. Intentó escapar de la cama. Le clavé el cuchillo en un pulmón. Cayó de boca al

piso. Su cabeza golpeó contra el piso. Sus piernas quedaron colgadas de la cama. Di un salto. La agarré con fuerza del pelo y la arrastré por el suelo. Me tiré encima de ella, apoyando mi rodilla en su estómago. Le enterré el cuchillo en el seno.

Sus brazos dejaron de moverse.

Había demasiada sangre en su cuerpo y el mío.

En el suelo se había formado un charco de sangre.

Le puse el cuchillo en la garganta.

La degollé.

6 – Alguien que hace cosas malas

Limpié todo con mucho cuidado. Nadie me vio salir.

La policía hizo toda clase de conjeturas y no llegó a nada. La autopsia dejó interrogantes por la pérdida de la virginidad. Nadie pudo explicar lo que pasó. Detuvieron a unos perejiles, pero quedaron libres y el caso sin resolver.

Así supe que la policía no era capaz de descubrir un garbanzo en un plato de lentejas.

Nadie sospechó de mí.

Creo que la mujer que decía ser mi madre fue la única en sospechar; quizás, en saberlo.

Visité a los padres de Maca. Estaban desesperados.

La madre se abrazó a mí y creí que nunca iba a soltarme.

Querían que les contara lo que Maca hacía cuando no estaba con ellos; que me quedara más tiempo; que volviera pronto.

En fin, se cumplieron las estupideces que imaginé.

Debo reconocer que extrañé un poco a Maca.

No sé por qué sentí eso.

Era una tontería.

Me faltaba experiencia.

Con el tiempo, aprendí.

Uno sustituye al otro y la vida continúa.

Un hombre que hace cuentas

Mira por la ventana de un cuarto piso en Hipólito Irigoyen y Piedras. En el edificio frente al suyo suele ver a una mujer.

La primera vez que la vio en ropa interior ella cerró las cortinas. Días después, las dejó abiertas y se dejó mirar.

Era un juego excitante que duraba desde un mes atrás.

Trabaja por su cuenta. Tiene un asistente de medio tiempo con el que apenas se ven. Cuando llega, se ha ido a su otro trabajo. Entonces, se queda sentado frente a su escritorio mirando un cuadro con la tela muy sucia y el marco gastado. Es una vieja copia de *La encantadora de serpientes*, de Henri Rousseau.

No le gusta el cuadro, pero perteneció a su madre. Es lo único que le queda de ella. No es un recuerdo de amor. Todo lo contrario, es un símbolo de su odio por ella. Ver el cuadro le permite recordar que ninguna persona vale la pena.

Se aparta de la ventana y se sienta frente al escritorio. Dibuja la cara de su mujer. Rompe el dibujo.

En voz alta, dice:

—Un encantamiento de serpientes Las mujeres son serpientes. Ninguna mujer es buena. Ella no era buena (con la lapicera señala el cuadro). Tampoco ella (señala los pedazos del papel roto). Ni ella (señala la ventana).

Un hombre que se ve como un tipo común

Federico Cugi llega a la librería.

Ivana atiende a una mujer. Darío, su otro empleado, abre unos paquetes de libros.

—Perdone. La señora busca una novela sobre el asesinato, de Thomas De Quincey, pero no se acuerda el nombre.

Delante de la gente, lo trata de usted. A solas, lo tutea. El día anterior se despidió de él con un beso en los labios.

Ivana tiene veinticuatro años, es bonita y con buen cuerpo. Hace dos meses que empezó a trabajar en la librería.

—*Del asesinato como una de las bellas artes.* No es una novela, sino un ensayo —responde.

Le pide a Darío que prepare café.

Esquiva la mirada de Ivana.

Parece distante, como si estuviera recordando algo que hizo.

Alguien que hace cosas malas

Desde la ventana vi a cuatro muchachos golpeando a un tipo. Se resistía a que le robaran. Ellos comenzaron a golpearlo con más fuerza hasta que el tipo cayó sobre la vereda. Se hizo un ovillo y trató de cubrirse como pudo.

Lo patearon con todas sus fuerzas. Uno de ellos se inclinó vaciando sus bolsillos. Luego, con una navaja le hizo varios tajos en la cara y los brazos. Salieron corriendo.

El hombre estaba manchado de sangre y estuvo mucho tiempo tirado en la vereda hasta que la ambulancia se lo llevó.

Quedó sangre sobre la vereda.

Me senté en la cama y me quité los zapatos. Recordé cómo lo habían golpeado y comencé a sentirme bien, muy bien, como si hubiera recibido buenas noticias.

Lo mismo sentí la noche en que ese hombre golpeó a la que dijo ser mi madre.

A través de la pared podía escuchar los gritos y el ruido de los golpes. Le pegaba con el puño cerrado. Le pegó hasta que dejó de gritar. Apenas gemía. Después, dejé de oír su voz.

Imaginé al hombre vistiéndose. Respirando con violencia. Los músculos todavía crispados. Ella, en la cama. Enrojecido el rostro, dolorido el cuerpo. Es probable que estuviera inconsciente. El pelo revuelto. Los labios rotos. Los pómulos magullados. La sangre manchándole los senos.

Igual que al ver a aquel hombre golpeado por los cuatro muchachos, me sentí alegre, con la misma sensación de bienestar.

El hombre se marchó. Fui al dormitorio. La puerta estaba entreabierta. Vi a esa mujer en la cama.

Estaba boca abajo, desnuda.

Las sábanas se veían manchadas de sangre.

Su cara estaba muy lastimada. No se movía. Me acerqué.

Respiraba débilmente.

La habitación olía a tabaco y al perfume barato que usaba.

Salí del dormitorio. Fui a la cocina.

Regresé al cuarto con un cuchillo en mi mano.

Entré sin vacilar.

La tomé del pelo. Su cabeza se levantó del colchón.

Puse el cuchillo en su garganta.

Le abrí la garganta con un tajo hondo.

Solté su pelo. La cabeza se desplomó sobre la cama.

Limpié el cuchillo en las sábanas.

Lo llevé a la cocina. Lo lavé. Lo guardé en el cajón de los cubiertos. Llamé a la policía.

El hombre que la golpeó fue preso.

No lo lamenté por él.

No era culpable de matarla, pero era una porquería de la misma clase que ella.

Hay quienes preguntan y quienes no encuentran respuestas

—Jaque.

—Cuidado Pat, te quiere comer el rey.

No le contesta. Mueve el rey.

—Don Orbietto, estuve leyendo el libro científico *La numerología, el poder oculto de los números*. Usted es hombre sabio y sabrá decirme si resulta correcto el método que usé.

—Dígame.

—Yo nací el 3 de mayo del 78. Dice el libro que hay que reducir los números a un dígito. Y sería 3 por el día; 5, por el mes. Y 1978, por el año. Sumando 1+9+7+8= 25. Y 2+5=7. O sea, me queda: 3+5+7 =15. Y me perdí.

—Tiene que sumar 1 más 5.

—Me vendría a dar 6. ¿Yo soy un 6 en la numerología?

—Efectivamente.

—Estamos jugando al ajedrez. ¿Lo notaste? —dice Patricio.

—Sí. Pero no me molesta que jueguen mientras conversamos con don Orbietto.

—Eugenio, no te rías, que no para más.

—El libro dice que un pensador de la antigüedad relacionó los números con los planetas.

Orbietto le contesta con interés. El tema le gusta.

—Pitágoras y su escuela establecieron una concordancia entre números y planetas. El 6 está regido por el planeta Venus.

—¿Viste, Pat? Venus me da consejos: «Andá para allá; comprate ropa interior roja».

—Te avisé, ahora hacela cortar.

—Está bien que pregunte —dice Orbietto.

—Esto del planeta me hizo acordar de un asunto de interés general. Usted, que es especialista en cine, dirá si tuve razón.

—La escucho.

—Supongo que escucha, sino sería sordo. Dé su opinión sobre el siguiente hecho: una clienta, que saca películas de la época del balero, vio *Una Venus en visón*. Dijo que era flor de bodrio y Elizabeth Taylor, un desastre. Le dije que ella ganó el Oscar. Dijo que no lo ganó por esta, sino por *El gato sobre el tejado de zinc caliente*. Le dije que estaba errada. ¿Ganó por la Venus?

—Así es. Tiene mucho conocimiento de cine.

—Leo el dorso de las cajas de los videos. Esta Venus del visón era puta y chorra, se afanó el tapado; ¿le pusieron Venus por la diosa del amor?

—Claro. Era la diosa del amor en Roma.

—Esos romanos le choreaban los dioses a los griegos. Les faltaba imaginación para inventar dioses propios.

—Nunca lo pensé de esa manera.

—La Venus, ¿quién vendría a ser en la Grecia de los griegos?

—Afrodita.

—Qué hombre sabio es usted, seguro que sabe de memoria el nombre de todos los dinosaurios.

Algunos meten sus vínculos en la heladera

Acaba de llegar a su departamento.

Se quita el saco y va a la cocina.

No hay nada preparado para comer.

Busca unas latas de conservas. Hay cierta frialdad en sus movimientos, como si aceptara lo que ocurre y no le importara.

—Te llamó Garrido —le dice su mujer, sin saludarlo.

Pasa a su lado como si fuera otro de los muebles. Busca una jarra con jugo en la heladera. Llena un vaso y lo vacía de unos pocos tragos. Es delgada y tiene largas piernas.

Él la toma de un brazo. Intenta besarla.

Ella tironea y se aparta.

La mira yéndose de la cocina. Siente un impulso. Mira el cuchillo. Va al living, toma unos papeles y regresa a la cocina.

Mientras come, escribe números. Se detiene. Como si no pudiera concentrarse y estuviera reprimiendo el deseo de ir atrás de su mujer.

Es el contador Oscar Freixedes, el mismo que tiene en su despacho el cuadro de Rousseau.

Los perros son una buena compañía

Camila corre a mirar el programa de televisión que sigue todas las tardes. Llama al perro. Es un cachorro de sesenta y dos días. Se lo regalaron sus padrinos.

El perro se queda entre las piernas de Juliana y las olisquea.

Juliana está sentada frente a la computadora.

Tiene puestas sandalias. El cachorro le mordisquea los dedos de los pies. Lo patea con suavidad.

El cachorro regresa y la mordisquea otra vez. Lo toma con ambas manos y lo pone sobre la falda.

El perro se queda acostado.

Juliana le rasca la barriga.

El perro mueve aceleradamente una de sus patas traseras.

Deja de rascarlo. Lo acaricia. El perro se adormece.

—¿A quién se le ocurrió llamarte Lalo?

Se pone de pie con el cachorro entre los brazos. Mira por la ventana hacia el jardín.

La pileta de natación está vacía.

Parada en medio del living, acariciando al perro, da la impresión de ser una mujer desdichada y que se siente sola.

Es lo que parece. Pero no todo es lo que parece.

Alguien que hace cosas malas

Chang está tendida desnuda y boca abajo en la cama.

Sus brazos descansan a lo largo de su cuerpo. Usa el cabello corto y de un color negro que resalta el óvalo de su cara.

Es una mujer de la que emana una fuerte sensualidad.

Usa un perfume Chanel que combina con su piel suave.

Las mujeres como ella no tienen límites en la cama. Me propuso juegos sexuales. Le propuse uno. Aceptó.

Estoy arrodillada, con las piernas a cada lado de su cuerpo.

La sujeto del pelo y tiro con fuerza.

Su cabeza se separa de la almohada.

Le corto la garganta con un tajo tan profundo que tengo la sensación de poder arrancar la cabeza del cuerpo dando un tirón.

La miro un momento.

Resulta una mujer hermosa, aún después de muerta.

Le clavo el cuchillo en la espalda.

Fue un juego breve.

Dejo todo como debe estar.

Salgo del departamento.

No hay nadie que pueda verme.

Abro la puerta de calle.

Me apresuro.

El cielo está encapotado. Va a llover.

Algunas chicas caminan rápido

—¿Se mojó?

Federico le responde que no.

Ivana lo roza ligeramente con su cuerpo.

Darío acomoda libros en los estantes. No hay clientes.

—No para de llover. ¿Cerramos? —dice Ivana.

Darío se encarga de las persianas. Ivana se demora en el baño. Federico termina de hacer la caja. Darío se despide.

Federico toma un libro.

Es *La falsa pista*, de Henning Mankell.

Lee que una chica se está prendiendo fuego.

Ivana sale del baño. Se peinó y perfumó.

Él deja el libro. Ella dice:

—Es un asesino demasiado cruel. El asesino de las esposas usa un cuchillo; el de Mankell, un hacha. Es más sutil el cuchillo. Usar un hacha y cortarles el cuero cabelludo es brutal.

—Tenés razón.

—Wallander es para Mankell como Maigret para Simenon o Sherlock para Conan Doyle. Sin los detectives serían unos escritores mediocres.

La mira a los ojos. Ella le sostiene la mirada.

Con la punta de los dedos toca el libro de Mankell.

—Me gusta Mankell y me gustás vos —dice ella.

Se queda callado. Ivana da un paso hacia él.

1 – Dicen que el viento se lleva las palabras

Parado frente a la biblioteca, hojea *Con M de muerte*, la obra teatral de Frederick Knott, que Hitchcock llevó al cine con Grace Kelly, como la esposa que el marido quiere asesinar.

Heidi se acerca agitando las manos.

—Pat, te llamó don Orbietto.

—¿Es tan urgente?

—Qué sé yo.

—¿Para que me apurás moviendo las manos?

—Me pinté las uñas. Las estoy secando. Sos muy egocéntrico. ¿Qué pensás? ¿Que todo lo que hago tiene relación con vos?

—¿Por qué contestás mi teléfono?

—Por si es una de tus putis —le contesta con naturalidad.

—Dame el teléfono.

—No te doy nada. Ya hablé yo. Don Orbietto viene para acá.

Heidi se ata el cordón de la zapatilla.

Tiene puesta ropa deportiva. Está a punto de salir a correr.

—Ayer, tu asesino degolló a otra —dice.

Patricio le responde que sí con la cabeza.

—Al mediodía no voy a estar y Cata tiene que cobrar. Pagale, aguinaldo incluido. Le aumenté un sesenta por ciento.

—¿Cómo que le aumentaste el sueldo?

—Nosotras, las comunistas combatimos a los inmundos capitalistas. De las trabajadoras me ocupo yo. Vos ponés la plata.

—¿Un aumento del sesenta por ciento? ¿Te falla la cabeza?

—Sí. ¿Por?

—Hace cuatro años que trabaja acá y siempre ganó bien.

—Ahora va a ganar mejor. Fin. El tema no da para más. Ya me estoy yendo.

Él suelta un soplido y se sienta frente a la computadora. Está a punto de llamar a Cata para pedirle que le sirva un café.

—Le traje el café —dice Cata.

Alguien pensó por él.

—Señor, no tengo palabras para darle las gracias por el aumento. No sabe lo que significa para mí.

Cata parece estar muy emocionada.

—Con mi mamá en casa y que no va a volver a caminar, para mayor desgracia, a mi marido lo echan del trabajo. Heidi, que es un ángel, me contó que usted se enteró y le dijo que me diera semejante aumento. Que Dios lo bendiga, señor Patricio.

La ve con los ojos llenos de lágrimas y no sabe qué decir.

2 – Dicen que el viento se lleva las palabras

Le gustaría que Orbietto ya hubiera llegado. Le diría:

—¿Sabés lo que acaba de pasar?

Mira la luz del sol entrando por la ventana y, como si pensar en una chica lo llevara a pensar en otra chica, lo envuelve una

súbita nostalgia. ¿Piensa en Virginia, su ex mujer? ¿En su hija Analía? Analía estudia historia del arte y vive con un contador. (El contador es Oscar Freixedes).

Hace tres años que no se ven.

¿Qué pasó entre ellos? No lo sabe.

Orbietto no tuvo hijos y es el padrino de Analía. Conversó con ella sin que Patricio lo supiera.

Analía acabó la charla diciendo:

—No te metas. Dejá que aprenda a arreglar sus propios problemas. Es lo que debió hacer siempre.

Lo dijo con tanta soberbia y frialdad que Orbietto con gusto le hubiera pateado el traste. No volvió a hablar con ella y sigue tan indignado como la última vez que la vio.

Patricio termina el café. Enciende la pipa. Muerde la boquilla de la pipa como si fuera un trozo de carne dura.

Parece triste. Pero no todo es lo que parece.

1 – Lo que parece lógico puede no serlo

Acaba de llegar Orbietto.

Patricio sirve los cafés.

—¿Cata no vino o se fue temprano?

—Se tuvo que ir —dice y se queda mirándolo.

Orbietto no precisa mucho más que verlo para dejar de echar azúcar al café y preguntarle:

—Che, ¿qué pasó?

—Una cosa que me sorprendió.

Patricio le cuenta lo que hizo Heidi.

2 – Lo que parece lógico puede no serlo

—Carecemos de un sentido que permita prevenirnos. Por eso terminamos jodidos —dice Orbietto.

—Como esta mujer que asesinaron.

—Se llamaba Zhao Chang. Era china. Casada, con un hijo de trece años. Esta vez, el asesino no dejó otro símbolo que la luna. No fue el único cambio: después de degollarla, le clavó el cuchillo en la espalda.

Patricio parece distante, como si solo hubiera escuchado una parte del relato.

—¿Estaba embarazada? —pregunta.

—Todavía no terminaron la autopsia. No creo que estuviera embarazada. El asesino sería una bestia y no da ese perfil.

—Es cierto, siempre se mueve con sutileza.

—¿Por qué preguntaste del embarazo?

—Podría haberse enojado por eso. El cuchillo en la espalda tuvo que haberlo clavado porque algo que dijo o hizo la china lo enojó. Sería importante saber qué fue. Nos permitiría conocer algo de él: lo que le molesta.

—Lo concreto es que el tipo se bajó nueve mujeres, nueve madres. Nueve lunas. Dibujó solo la luna. La apuñaló por la espalda. ¿Qué quiere decir?

—No es más que un psicópata que mata por compulsión.

Patricio mira las fotografías de la escena del crimen.

Orbietto las consigue a través de la fiscalía. Dice:

—Hace dibujitos con un dedito tapadito con un trapito para no ensuciarse. ¿Qué clase de asesinos seriales tenemos? Un asesino serial yanqui le dejaría grabada una cruz esvástica o el nombre Belcebú. Escribiría las paredes con sangre, le dejaría palillos enterrados en los ojos. Dejame de joder, qué país de mierda.

Los dos se ríen.

—Mejor jugamos una partida —dice Patricio.

Las piezas están ordenadas.

Orbietto mueve y comenta la respuesta:

—Hiciste una defensa Alekhine. La creó en 1921 jugando contra Steiner. Alekhine parece ceder la ofensiva moviendo un ca-

ballo en la primera jugada. Es una de las aperturas más ingeniosas y escapa a los movimientos lógicos —dice Orbietto.

—¿Qué querés decir? —pregunta Patricio.

3 – Lo que parece lógico puede no serlo

Heidi entra con bolsas de casas de ropa.

—Estuvimos hablando de la mala gente que hay en el mundo. Es muy reconfortante saber que hay alguien como usted y tenerla con nosotros —dice Orbietto.

—Si usted lo dice, así será. Pero no sé a qué viene. Ustedes son medio raros. Debe ser porque se la pasan analizando cosas raras. Veo que perdió. No se aflija, al que le va mal en el ajedrez, le va peor en el amor.

Le reconoce la habilidad para evitar hablar de sí misma.

—Lo importante es el juego, no el resultado.

—Lo mismo le dijo Tabaré Correa a su mujer, cuando perdió la casa jugando al pase inglés.

—Muy graciosa. La hacía trabajando.

—Yo también a usted. Mi abuelo decía que la abogacía es la carrera de los vagos. En cuanto a mí, le diré: aparte de los domingos, tengo libre los viernes. Trabaja la cogotuda de la hermana del dueño. Se lo dije noventa y seis veces. Tenga cuidado, olvidar las cosas puede ser el comienzo del mal de Alzheimer.

—Algo escuché. Pero no me acuerdo qué era.

—Pat, ¿te enteraste que anoche en un programa de la tele pasaron un informe de los asesinatos y hablaron de ustedes? Dijeron que andan como la policía: más perdidos que boliviano en alta mar. Para mí, decir eso de los bolivianos es racismo.

—Ajá.

—Muchas gracias. Fue la opinión del doctor Lavardén en exclusiva para nuestro noticiero. Tengo a mi lado al distinguido ex juez, experto en crímenes y reconocido misógino, don Orbietto. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—Aunque no tengan mar, los bolivianos pueden ser buenos marineros. Los argentinos se creen vivos y a presidente llegó un boludo como el que se fue en helicóptero hace dos años. No me haga acordar que perdí los depósitos en dólares.

—No se sulfure. Lo importante es la gratitud.

—Usted querrá decir que lo importante es la salud.

—No, la gratitud. El que la tiene es sano.

4 – Lo que parece lógico puede no serlo

Patricio va al baño, pasa junto a Heidi y le toca la cabeza.

Ella, lo mira de reojo. Enseguida, dice:

—Hablando por hablar, que tan habitual es entre usted y Pat, ¿leyó el original de la novela que está escribiendo?

—Por supuesto. Creo que va a ser la mejor de sus novelas. Lo más interesante son los dos investigadores.

—Son dos plomos que se van por las ramas del ombú. Se la pasan hablando boludeces.

—No supo apreciarlos. Ya demostraron en las anteriores novelas que tienen una inteligencia superior, simpatía, cultura.

—Ese Gastón Sieffer y su colega, Venancio Zallo, son dos fanfas que no pegan una. A mí me da que son gays.

—De ninguna manera. Son bien machos.

—Los gays también son machos. Usted es medio cavernario. ¿Quiere que le diga lo que creo?

—Dígame.

—Aparte de que creo en Dios, creo que en la novela falta una historia de amor. ¿Vio que las mujeres siempre meten en líos a los hombres? Se me ocurrió que el asesino quiere vengarse por causa de una mujer

—No está mal su idea —dice, poniendo buena voluntad.

—El asesino cree que Sieffer lo separó de la mujer que amaba. Acá vamos al pasado y conocemos el romance, cuando el criminal todavía era bueno. Hasta le compró un anillo. Al perderla, odia a Sieffer y decide desafiarlo. Mata a mujeres y deja pistas que tienen un mensaje. El final es imprevisto, pero no sé cuál es.

Orbietto se queda pensativo.

—Se quedó mudo. Es raro en usted. ¿Le bajó la presión?

Le contesta con una sonrisa forzada.

—Le traigo aceitunas, que son buenas para subir la presión y para los orzuelos.

—No sabía que comer aceitunas combatía los orzuelos.

—¿Usted se come los supositorios? Tiene que frotarse el orzuelo con siete aceitunas, a las siete de la mañana y a las siete de la tarde.

—Es un método mágico. El siete es un número mágico.

—Todos los números tienen magia. Voy a buscar las aceitunas. Le traigo siete, por si le sale un orzuelo.

Orbietto la sigue con la mirada y piensa en lo mismo que ya pensó Patricio: ¿cuándo perdió él *eso* que a ella le sobra?

Entre tacos altos y bajos

—¿Me va a necesitar? —pregunta Mabel.

—Podés irte. Gracias. Hasta mañana —le dice.

Apartando la vista de la computadora, Juliana mira la espalda de Mabel. Lleva zapatos baratos de tacos bajos.

Siempre se fija en los zapatos que usa la gente.

Cree que puede saberse mucho de alguien por sus zapatos, sus manos y sus pies.

Juliana es muy cuidadosa de su cuerpo y arreglo personal.

Por momentos, se la ve segura y hasta soberbia y, en otros, influenciable e incapaz de tomar decisiones.

Ella reúne todas las características que el asesino busca en sus víctimas: estar casada, ser madre, la edad.

Recibe una llamada en el celular. Es su amante.

¿Es posible que Juliana tenga relación con los asesinatos?

A algunos la lluvia les hace florecer las ideas

Orbietto entra al bar y se sienta en una mesa junto a la vidriera. Llueve. En el bar, hay tres mesas ocupadas, contando la suya. Saca un pequeño bloc de papel y una lapicera.

Pide café y coñac.

Mientras espera que le sirvan, mira caer la lluvia. Es la clase de noche que le gusta: lluviosa y un poco fría. Aunque es primavera, el calor todavía no llega. Odia los días calurosos.

Después que el mozo le sirve, comienza escribir los nombres de las mujeres asesinadas y de las figuras que el asesino dibujó en sus espaldas. Todos los días hace lo mismo.

Sin duda que es un hombre obsesivo.

Por un momento, se distrae escuchando el sonido de la lluvia cayendo sobre el toldo del bar.

En un día de lluvia, bajo un toldo, hace años (muchísimos) besó por primera a una chica.

Se llamaba Susana. No fue un buen beso. Sus narices chocaron y sus labios apenas se rozaron.

Él sentía las mejillas enrojecidas.

Ella lo miró. Acercó su cara y apoyó sus labios en los suyos.

Tenía dieciséis años como ella.

Fueron novios durante cinco meses.

Una tarde se pelearon.

Pensó que no era nada grave.

Cuatro días después, le compró un chocolate y fue a buscarla a la salida de la academia de inglés.

La vio salir y darle un beso a un muchacho flaco y mayor a él.

Se quedó quieto, mirando cómo se iba tomada de la mano de ese muchacho.

Llegó a su casa y se encerró en el baño a llorar.

Le echa cuatro saquitos de azúcar al café.

En el bar hay tres mesas ocupadas.

Mira el nombre de los dibujos que hizo el asesino: un pájaro, una rosa, una almeja o una ostra, un collar de perlas, las olas de un mar, una manzana, un cisne.

Símbolos. ¿Qué significan?

Piensa en el argumento que Heidi le contó por la tarde.

Es una hipótesis posible.

Un juego entre el asesino y el investigador. ¿Y si fuera así?

Cierra el bloc y abre el libro que llevó: *Una cuestión personal*, de Kenzaburo Oé.

Vuelve a mirar hacia la calle.

Llueve con más fuerza.

Se sonríe al recordar el modo de hablar de Heidi.

—¿Ganó por la Venus?

—Así es. Tiene mucho conocimiento de cine.

—Lo leí en el dorso de la caja. Esta Venus era puta y chorra, se afanó el tapado; ¿le pusieron Venus por la diosa del amor?

—Claro. Era la diosa del amor en Roma.

—Esos romanos le choreaban los dioses a los griegos. Les faltaba imaginación para inventar dioses propios.

—Nunca lo pensé de esa manera.

—La Venus, ¿quién vendría a ser en la Grecia de los griegos?

—Afrodita.

—¡Afrodita! —dice en voz alta—. El pájaro, el cisne, el mar, la rosa, la almeja, la manzana, las perlas, son los atributos de la diosa Afrodita.

De un trago, acaba el coñac.

Algunas chicas son un poco excéntricas

Yafa lleva puesto un jean, una camisa blanca suelta con los botones superiores desabrochados y una corbata negra sin ajustar. Las zapatillas eran blancas, pero las pintó con rayas y puntos. En la cabeza tiene un sombrero fedora oscuro.

Entra a La Misión, en Santa Fe. Heidi la está esperando en una de las mesas. Se saludan con un beso. Yafa cuelga el bolso en la silla y, sin terminar de acomodarse en el asiento, dice:

—Me copé con Sheril Crown cantando *Mississippi*. Bob Dylan es un poeta muy profundo. «Estamos encerrados, no tenemos escapatoria», dice la letra. Te hice una copia del disco.

—Y yo que me vine con las manos vacías. De haber sabido, te traía uno de Arjona.

—Me corto las venas con los dientes. ¿Pedimos algo para comer? Tengo hambre. No como nada desde anoche.

—El mozo debe tener parásitos. Lo vi rascándose el culo.

—Sos una guacha. Querés que me dé asco y no coma nada.

—Date vuelta y miralo. Ahora se está sacando un moco.

De otras mesas las miran reírse.

Yafa vive sola y le gustan las artes plásticas.

Dice que es judía y el padre, un rabino.

1 – Alguien que hace cosas malas

May Pujol. Me gustaba verla bailar. Quería ser coreógrafa.

Formaba parte de un ballet de danza moderna y daba clases para ganar dinero.

Era muy delgada, pelirroja, con una cara bonita y llena de pecas. Había cumplido veinte años. Sonreía con facilidad y, con la misma facilidad, lloraba histéricamente por cualquier motivo. Todo el tiempo tomaba aspirinas.

Desde nuestro primer encuentro yo había decidido lo que haría con ella. Sin embargo, demoré más de lo que imaginé.

Creo que me sentí bien en su compañía. Incluso, esperaba con alguna impaciencia el momento de verla.

2 – Alguien que hace cosas malas

La conocí de forma casual. Ella estaba parada a mi lado en un vagón del subte. Trató de bajar pero su pelo se quedó enganchado en un botón de la manga de mi abrigo. Bajé con ella.

En la plataforma, desprendimos el cabello. Nos reímos. Conversamos. Subimos por la escalera mecánica. La acompañe hasta la sala de ensayo.

Me preguntó si podía esperarla hasta que terminara.

Más tarde, fuimos a un bar.

Me contó de su hermano. También se dedicaba al baile y era gay. Usaba un nombre artístico y había trabajado en teatros de revistas. May me preguntó si conocía el teatro de revistas.

Le respondí que me gustaría ir. Dijo que le pediría entradas al hermano. Me acarició la cara.

Hizo un chiste.

Seguramente, sintió que había avanzado demasiado rápido.

Habló de Isadora Duncan y de Maya Plisétkaya. Quiso saber de mí. Dije que mis padres vivían en Santa Fe y que paraba en casa de mis tíos

Le conté que pensaba mudarme sola, que estudiaba dibujo y trabajaba de recepcionista en la empresa de mi tío.

Le dije que quería estar lejos de mis padres y no soportaba a mis tíos. Ninguno de todos ellos me entendía.

—¿Qué tienen que entender? —preguntó.

—Como soy.

—¿Cómo sos?

—No soy como todo el mundo.

—Yo también creo eso de mí —dijo.

3 – Alguien que hace cosas malas

Nos encontramos en un bar de Corrientes, cerca del Obelisco.

Durante dos semanas nos habíamos visto casi todos los días.

Como siempre, May se sentó con las piernas cruzadas sobre la silla. Pidió un vaso de leche.

En ningún momento llevó el vaso a la boca.

Bebió toda la leche con una cucharita. Inclinaba el vaso metiendo la cucharita y la llevaba despacio a la boca.

Se veía delicada y frágil, como si fuera muy fácil dañarla.

Creo que fue en ese momento, mientras tomaba la leche en cucharita, cuando decidí matarla.

¿Por qué? No sé.

Nunca sé por qué hago ciertas cosas. Intenté conocer más de mí. Saber cómo soy realmente. Después, entendí que no había nada que explicar. Un pez es un pez y un pájaro, un pájaro.

¿Qué hace que un pez sea un pez y un pájaro sea pájaro?

4 – Alguien que hace cosas malas

Me invitó a su casa. Vivía en un departamento de la calle Rivadavia, cerca de Uruguay, en el que se escuchaban las conversaciones de los vecinos y se olía lo que cocinaban.

La puerta de entrada parecía de madera podrida y, pasando un corredor, había un gran patio en el que los departamentos se distribuían en tres pisos.

El de May estaba en el primero y, como los demás, el frente daba al patio. Los departamentos despedían olor a humedad. El

suyo era un ambiente con una cocina sin puerta y un baño con paredes descascaradas.

Destapó una botella de vino y bebimos hablando en la cama.

Nos habíamos quitado las zapatillas y nuestros pies se rozaban. Puso una pierna sobre la mía.

Torció la cabeza, me miró sonriendo y dijo:

—¿Te gusto?

Sin responderle, la besé. Se sorprendió un poco. Enseguida, tomó la iniciativa y se encargó de sacarme la ropa.

Tenía un cuerpo de pechos muy pequeños y cintura estrecha. Se notaba en la plasticidad de su cuerpo que era bailarina. Por el modo en que se excitó, pensé que hacía tiempo me deseaba.

—No fue tan malo, ¿no es cierto? —dijo, después.

Creo que le dije algo agradable.

La maté la noche siguiente.

5 – Alguien que hace cosas malas

Al otro día, levanté la capucha de mi campera y entré al edificio. La puerta siempre estaba abierta. Una mujer se cruzó conmigo. Agaché la cabeza y me incliné simulando atar los cordones de las zapatillas.

Bajo la campera, llevaba el cuchillo.

Llamé a la puerta. May se alegró al verme.

En el departamento había olor a colonia para después del baño. Olor a lavanda.

May acababa de bañarse y su cuerpo estaba impregnado de esa colonia barata.

Caminaba descalza, tenía puesto un jean y una musculosa sin corpiño. Podía ver parte de sus pechos y sus pezones adheridos a la tela. No me provocó ninguna excitación.

Había música. Astrud Gilberto cantaba *Mañana de carnaval*, era un tema viejo. No lo conocía. Me gustó. Era una canción triste. Cada vez que la escucho, recuerdo a May.

Todo fue rápido y simple. May revolvía los discos.

Yo estaba detrás. Un bebé lloraba en alguna parte.

Tomé el cuchillo. Lo clavé en su espalda.

La hoja entró en medio de sus pulmones.

Hubo un ruido, como si una vértebra se rompiera.

Quité el cuchillo de su cuerpo y volví a clavarlo.

Cayó hacia adelante, quedó tendida. Tiró los discos al piso.

Clavé el cuchillo en su espalda una vez más.

Alcé su cabeza sosteniéndola por el pelo.

Le corté la garganta.

Me sentí en paz.

Tomé el disco de Astrud Gilberto y lo guardé bajo mi campera. Cerré la puerta con llave.

Salí a la calle.

Caminé muy rápido. Tenía hambre.

1 – Un hombre obsesivo

Al regresar del bar, tomó de su biblioteca todos los libros de mitología. Lleva horas leyendo.

Es la madrugada del sábado. Está solo en su casa. En la mesa de la cocina hay fiambres, pan, vino, soda. Cosas que hacen feliz a un hombre como él.

—Los atributos de Afrodita ya están. El enigma de los dibujos está resuelto. No mientas, Eugenio, está resuelto un corno. No tenés ni idea de qué quiere decir el asesino dibujándolos.

Sirve vino en un vaso y soda en otro.

Cuando está solo, tiene la costumbre de hablar en voz alta, como si en el cuarto hubiera un interlocutor.

Puede que sea una forma de eludir la soledad.

—Esta Heidi tuvo una buena ocurrencia con el argumento de la novela. La idea de una relación entre el asesino y el investigador es buena. El problema es que se trata de una idea tirada de los pelos.

Corta queso y salame.

—Virginia engañó a Patricio. Él se quedó un tiempo con ella y la obligó a dejar al amante. Tenemos el triángulo amoroso: una mujer en el pasado de dos hombres.

Se toma su tiempo para comer. Vacía el plato y se sirve más.

—El asesino sabe que la policía es incapaz de interpretar el misterio. ¿Para qué tomarse tanto trabajo en un plan tan com-

plicado si nunca será entendido? Por lo tanto, no es descabellado pensar que se dirige a Patricio, como dijo Heidi refiriéndose a su alter ego: Sieffer. Él es capaz de descifrar las pistas.

Tiene cara de no estar convencido de nada de lo que dice.

2 – Un hombre obsesivo

Cuando está ansioso fuma o come. O las dos cosas al mismo tiempo. Interrumpe la comida para encender un cigarrillo.

—¿Cómo se llamaba el tipo? Patricio va a preguntar por qué creo que puede ser el asesino. Le contesto: porque lo dice Heidi.

Se ríe de sus propias palabras.

—La luna es su firma y los dibujos, el mensaje. Hasta ahí, perfecto. ¿Y después? ¿Adónde nos quiere llevar?

Orbietto se sirve café. Le echa cinco cucharadas de azúcar.

—Cuando hay mujeres en el medio nada es imposible. ¿Por qué no meter a Virginia en este asunto?

Patricio se casó con Virginia cuando quedó embarazada. Era muy bonita, inteligente, y recién cumplía veinte años.

Patricio tenía veinticinco y había comenzado a trabajar como abogado. Él la engañó con muchas mujeres. Después de quince años de matrimonio, Virginia fue infiel.

Al enterarse, Orbietto se desilusionó de ella. La había creído de porcelana y era de una cerámica ordinaria.

Él ya se había separado de su mujer. El matrimonio duró seis años, tuvieron una hija, que murió a los ocho meses de nacer. Después de eso, la relación entre ellos empeoró y su mujer se fue a Estados Unidos.

—Estoy paveando demasiado con Afrodita. Mejor me voy a ver una película, tranquilo. Mañana será otro día.

Pone en una bandeja todo lo que está sobre la mesa. Se lo comerá en la cama mientras mira la película.

Deja la cocina ordenada. Le gusta que todo quede en su lugar. Levanta la bandeja y va al dormitorio. Se detiene de golpe.

—Momentito.

Sin soltar la bandeja, comienza a caminar por el living.

—Heidi, Heidi, Heidi —dice, de repente.

Llega hasta la pared, frena, gira y sigue caminando.

—Heidi, Heidi, Heidi —sigue repitiendo.

¿Por qué repite el nombre?

¿Por qué tiene cara de estar pensando en algo importante y que no se le ocurrió antes?

3 – Un hombre obsesivo

Todavía no empezó a ver la película. Está en la cama, en calzoncillos y camiseta, con la espalda apoyada en el respaldo y las piernas extendidas.

En una mano tiene un cigarrillo encendido, en la otra, un pedazo de salame.

—Heidi. ¿Quién diría?

Se come el salame.

—¡Cugi! —dice de golpe.

Lloviznaba. Patricio entró a su casa y se sentó en el sofá sin quitarse el piloto. Estaba pálido y con la cara desencajada.

—Virginia tiene un amante. Hoy lo confirmé. El tipo se llama Federico Cugi, tiene una librería —dijo.

Recuerda haberse sentado de golpe en el sillón.

—Le dije que entre nosotros todo se terminó, pero seguiremos como siempre en las formas por Analía. Cuando esté lista para vivir sola, me voy.

Se quedaron callados durante un largo rato.

—Sacate el impermeable, te vas a resfriar —fue lo único que pudo decirle.

Algunas chicas comen demasiado y no engordan

Lleva dos horas dibujando. Deja la carbonilla para buscar salchichas en la heladera. Le gustan los panchos tanto como las hamburguesas y la pizza.

Es el tipo de chica que come y no engorda. Yafa es muy flaca, de cabello y ojos oscuros. Dejó la ropa tirada en el piso. Tiene puesto una remera y la bombacha.

Le pone mostaza al pancho. Mientras lo come, camina por un enorme ambiente de un edificio de San Telmo.

Se detiene frente a un espejo de pie.

Se quita la remera y la bombacha.

Con un dedo, saca mostaza del pancho.

Hace un dibujo sobre su estómago.

Va a buscar más mostaza.

Regresa frente al espejo.

Comienza a pintarse el cuerpo usando el dedo.

En el cuello, pinta un collar.

En la frente, una flor.

En el estómago, una manzana.

Todo es música, Pat

—Eugenio me preguntó si eras judía.

Heidi se pinta los labios. En un rato va a visitar a su tía mientras Patricio se encuentra con Orbietto para comer.

—Le dije que mi tía pensaba ir a Israel. Dijo que no sabía que era judía. Le conté que mi abuela estuvo en un campo de concentración. De una manera desabrida, propia de los hombres sin alma, dijo: «Muy interesante». Me pareció un tipo insensible, como si le resbalara el sufrimiento de mi querida abuela.

—No sos judía.

—Él ignora las intimidades de mi vida. Por su reacción, pude ver que se trata de un tipo frío y calculador.

—Una buena descripción de Eugenio.

—El que no se apiada del padecimiento ajeno, nunca va a tener dolor de pies.

Patricio no puede hacer otra cosa que reírse.

—Sos de la misma estirpe que él. Gente dispuesta a todo sin importar a quien pisotean con sus pieses enlodados.

—¿Qué otra cosa le dijiste?

—No puedo acordarme. Pasó demasiado tiempo.

—Pasó el viernes al mediodía, cuando fui al baño.

—Puede ser que de algo me acuerde si me llevás a bailar.

—No.

—No me acuerdo.

—No te llevo a Europa.

—Ha entrado una luz en mi cabeza y se iluminan los recuerdos. Creo haber dicho que pondría una historia de amor en tu novela. El asesino culpa al investigador por separarlo de una mujer que amó. Deja pistas para que Sieffer las descifre. Algo tremendo pasa después. No sé qué será.

—Ahora entiendo de dónde sacó la idea de meter a Virginia.

—¿No me digas que contrató a un asesino para que mate a todas las putis que te volteaste? Le va a costar una fortuna.

—No culpa a Virginia.

—¿Culpa al amante?

—¿De dónde sacás al amante?

—¿Por qué otra cosa te ibas a separar? Siempre estás pensando en ella.

—¿Por qué creés eso?

Heidi se pone los zapatos y dice:

—Son cosas que una sabe.

Se acuerda de que Orbietto mencionó «el ritmo» de Heidi y lo difícil que es seguir ese «ritmo».

—Si fuera así, ¿para qué quiere una mujer estar con un hombre que piensa en otra?

—Todo es música, Pat. Cuando suena, la escucho o bailo.

1 – Hay gente que sale a pasear los domingos

—Una idiotez —dice Patricio.

Desde hace años, una vez al mes, comen en el mismo restorán de Palermo, frente al jardín Botánico.

—Heidi tiene muy buenos sentimientos y no es tonta, solo un poco desarticulada en los conocimientos y en lo que piensa. Se la pasa hablando macanas. Dio una idea para la novela y vos querés aplicarla a la realidad.

—La realidad bebe de la ficción —dice Orbietto.

—Escuchate. Hablás como ella.

Orbietto se lleva a la boca un pedazo de asado.

—Virginia abandonó a Cugi cuando se lo pediste. Él estaba loco por ella.

—De acuerdo, Cugi es el asesino. Llamalo a Bogo y que lo detenga. Caso resuelto.

—Estuve averiguando sobre Cugi.

—Es domingo, ¿cuándo hiciste averiguaciones?

—El Bien nunca descansa. Sigue teniendo la librería.

—Andá a comprarle un libro.

—Está casado. La mujer se llama Juliana Conte, tiene veintiséis años. De las que revientan la tarjeta. Tienen una hija de tres años. Va a un jardín de los caros. El tipo tiene guita. Vive en Villa Devoto, en una casa con pileta de natación.-

Patricio mueve la cabeza afirmando.

—La mujer tiene el perfil de las que Cugi mata. Sabemos que la matará. Culparán al asesino de las esposas. Cobrará el seguro de vida de un millón de dólares y continuará con su plan para vengarse de mí.

—Burlate. Pero ese tipo esconde algo.

—Sí. Las minas que se voltea. Llamá al fiscal, si te animás.

—Hay que conseguir más evidencias.

—¿Qué evidencias? Dejate de pavadas. Con los símbolos y la luna, el asesino copia a los asesinos yanquis de las películas. Esos que dejan pistas relacionadas con la Biblia. No existe un hombre capaz de idear un plan tan complejo.

—Él puede porque es un genio. Como Mozart, Picasso o el viejo Donato haciendo asados. Como todo gran artista necesita ser reconocido. Por eso, estoy seguro de que las pistas tienen que ver con vos.

—¿Por qué conmigo y no con vos?

—Porque a los gordos nos discriminan.

Patricio se ríe a carcajadas.

2 – Hay gente que sale a pasear los domingos

—Como estás contento, aprovecho para decirte que Virginia tiene un amante. Es casado. Las hijas estudian en Londres.

—No es nada que me interese.

—Es arquitecto. ¿Sabés cómo se llama?

—¿Vos no dormiste para averiguar todo esto?

Orbietto corta otro pedazo de carne y dice:

—Emilio Mum.

—¿Moon como luna en inglés?

—M-u-m. Fonéticamente, es lo mismo.

—Tenés razón. Mum es el asesino. Dibuja la luna porque es su sello, como la «z» del Zorro.

—Sé lo que digo.

Patricio hace un gesto burlón. Dice:

—Cugi me odia porque interrumpí su romance con Virginia. Y Mum porque hice sufrir a la mujer que ama. Uno de ellos asesina mujeres y deja pistas que debo descifrar. Si no lo consigo, ocurrirá algo espantoso. ¿Vos pensás en lo que decís?

—Lo que digo tiene mucho sentido.

—¿Qué tiene que ver conmigo ese arquitecto Mum?

Orbietto se toma su tiempo para contestar. Al fin, dice:

—Argenta Building.

Patricio levanta la vista del plato.

—¿Qué opina ahora, doctor Lavardén?

—¿Estuvo mezclado en la quiebra fraudulenta de Correiro?

—En efecto. ¿Es casualidad que esté con tu ex mujer?

Orbietto respira hondo, como si se sintiera triunfante.

Patricio lo mira y se queda callado.

3 – Hay gente que sale a pasear los domingos

—Hablemos con seriedad. A vos, estar con Heidi te afecta el cerebro. Divagás como ella.

Orbietto se limpia delicadamente la boca con la servilleta.

—Así llegamos al tema central de esta conversación: Heidi.

—Mirá qué bien. Pensé que el tema era el asesino.

—La señorita Heidi ha hecho cosas que resultan curiosas.

—Todo lo que hace es curioso.

—En este caso, excesivamente curiosas.

—Con el tiempo, se supera a sí misma.

—¿Por qué creés que habló del tema de Venus y, después, de la historia de amor en tu novela?

—Porque habla de lo que sea.

—¿Estás completamente seguro de que habló por hablar?

—Por supuesto.

—Hablando por hablar, comenta sobre tu novela y dice que el asesino conoce al investigador.

—El asesino vengador.

—No. El asesino que desafía al investigador, al que conoce de antemano, y deja pistas que anuncian un hecho terrible.

—Muy interesante.

—Resulta que lee un libro de numerología y viene a preguntarme si está bien lo que hace con la fecha de nacimiento.

—Todos los meses cambia su fecha de nacimiento.

—Verdadera o no, dijo que la fecha le daba 6. Y, como quien no quiere la cosa, dice que se enteró de que los números y los planetas se relacionan. Entonces, pregunta con qué planeta se relaciona el número seis. ¿Qué le respondí?

Patricio, sin dejar de comer, hace un gesto para que continúe.

—Venus, le dije. ¿Qué opinás?

—Que sí. Venus y el 6 están relacionados.

—No te hagás el zonzo.

—¿Y qué sigue?

—Sigue con la señorita Heidi inventando a una clienta con la que discutió si Elizabeth Taylor ganó el Oscar por *Una Venus en visón*. ¿Qué pensás?

—Ganó el Oscar por la película.

—Seguí en chistoso. Ella dice que los romanos le choreaban los dioses a los griegos y pregunta: «¿Quién vendría a ser Venus entre los griegos de Grecia?» Frase textual, propia de Billy Dawn, la protagonista de *Nacida ayer*. ¿Qué le contesté?

Patricio deja de comer.

—Afrodita —dice.

—Tal cual. Estoy convencido de que sabe de mitología y de numerología debe saber más que yo.

—Después del octavo asesinato, dijo que el asesino era como Picasso, un pintor que seguro yo conocía, y el cuadro «Guerrica». Contó que la profesora de dibujo le había enseñado que cada figura tenía un significado.

—¿Qué le contestaste?

—El cuadro se llama *Guernica*, le dije.

—Es obvio que se refería a los dibujos que deja el asesino. Son como las figuras de *Guernica*, en la que cada una tiene un sentido simbólico.

Patricio se queda pensativo. Muy despacio, toma vino.

—Heidi resolvió la pista Afrodita y nos lleva a que pensemos en la relación del asesino con vos. Lo hizo de una manera tan sutil para que creyéramos que todos esos avances en la investigación eran mérito nuestro. Esa chica es única.

—Te desconozco, ¿vos elogiando a una mujer?

—Heidi no es una mujer. Pertenece a una clase distinta de seres humanos.

Patricio se ríe.

—Decime, ¿Heidi no será una hija que no reconociste?

—Ojalá lo fuera.

La respuesta parece tomarlo por sorpresa.

Luego, lo mira comiendo y da la impresión de sentir algo de ternura, como si acabara de entender algunas cosas.

Una chica con un poco de misterio

Se siente incómodo sentado en un McDonald´s con Ivana.

Está arrepentido de haber aceptado entrar.

—Mi último novio se quiso suicidar. Pienso que lo va a repetir y con éxito. Padece el síndrome de Werther —dice Ivana.

Federico se queda esperado que continúe.

—El abuelo se suicidó a los treinta y siete años; el padre, a los cuarenta. Él cree que tiene un destino establecido.

—Mucha gente cree lo mismo.

—Él se lo tomó en serio. Le dije que lo dejaba y, de un cajón, sacó el revólver. Creí que iba a matarme. Apuntó el revólver a su estómago y disparó. Una especie de hara-kiri con arma de fuego.

A Federico le llama la atención el modo frío y cínico con el que Ivana habla.

—La vieja gritaba que yo lo había matado. Después, todo se aclaró. Pero la vieja puta siguió acusándome. No soportaba que el hijo se hubiera querido suicidar como el marido.

—Tu novio debe haberte querido mucho.

—Un pendejo de veinte años que se pega un tiro por una noviecita de dieciocho es un boludo.

Toma un trago de cocacola y se queda con unos pedacitos de hielo en la boca.

La mira como si estuviera contemplando un telón abriéndose lentamente y pudiera ver la escena que no es la que esperaba.

—¿Sentiste miedo cuando lo viste con el revólver?

—No. Pasa lo que tiene que pasar.

—Hay un asesino matando mujeres, podrías ser la próxima.

—Te aseguro que no.

—Es cierto. Estás fuera de su perfil de mujer. Sos soltera.

—Tengo un marido y un hijo. Para conseguir trabajo, digo que soy soltera.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—¿Qué pensás?

—Entonces, también es mentira lo que pasó con tu novio.

—Sí. Los maté a él y a la madre.

Federico se ríe.

—No tenés pinta de asesina.

—¿Conociste a muchas asesinas?

—Sé que no lo sos.

—Entre drogones y gays se reconocen. ¿Sos un asesino como para reconocer a otro?

—A lo mejor.

—Todos desean matar a alguien. Muy pocos se animan. A vos te faltan bolas para matar.

—¿Estás segura?

Ivana mira hacia la puerta de entrada. Está molesta.

—Vamos —dice y se levanta sin esperar que le responda.

Una mujer que parece enojada

—Después de años, vi a Patricio el domingo pasado, al mediodía. Estaba comiendo con el gordo frente al Botánico,

—¿Orbietto?

—Sí, el falso.

El arquitecto Mum enciende un cigarrillo.

—¿Qué cuenta tu ex?

Los vi, pero no hablé con ninguno de los dos.

Virginia se da vuelta en la cama poniéndose boca arriba.

—Dejá que descansen en paz.

—Todavía lo tengo atravesado a ese gordo de mierda. Lo que lamento es que Cintia se divorció y se fue a Canadá. Ella era muy buena amiga. Ese gordo asqueroso venía a casa y apenas me saludaba. Me echó la culpa. Se lo pasaba mandándome indirectas, tratándome de puta. Si lo hubieras visto hablando de mí antes de que Patricio le calentara la cabeza. Para él, yo era una mezcla de Grace Kelly y Santa Clara de Asís.

—Dejá que piense lo que quiere. No te da de comer.

—Me da rabia haberle tenido cariño. Esperaba que fuera más comprensivo. Le toqué al amiguito y eso no me lo perdona. No le importó que ese choto me cagara. Gordo puto.

El arquitecto Mum se ríe.

—¿De qué te reís? El gordo se las da de macho, pero la mira con cariño. Es un puto reprimido. Y no sé si tan reprimido.

—Ya fue. Olvidate.

—Al verlos, de nuevo se me vino todo encima. Me acordé de toda esa hipocresía. Lo que me hace bien es acordarme de la cara que puso Patricio cuando le dije que lo había visto con esa putona. Se le vino abajo el plan de cagarme con los bienes gananciales y hacerme un juicio controversial.

—Pará de darte máquina.

—Te juro que hasta el día de hoy lo lamento por el chico que se metió con la turra que andaba con él. ¿Ya te lo conté? Un chico reeducado y pintoncito. Siempre me lo encontraba corriendo en Palermo. Analía todavía era medio chica para él, sino me gustaba como yerno. Cuando lo vi con esa trola, pensé: «Pobre pibe, justo con esta se fue a meter».

—¿Para qué le pagás a tu analista? Todavía la seguís.

—Me jode acordarme de toda esa falsedad. No me gusta la gente con dos caras. Patricio Lavardén no es lo que parece.

1 – Alguien que hace cosas malas

La conocí en el shopping Abasto.

Era una de esas mujeres que están bronceadas todo el año, metiéndose en camas solares.

Ella inició la conversación. Tenía la misma estúpida inocencia de un ratón borracho yendo a conversar con un gato hambriento.

2 – Alguien que hace cosas malas

El destino sabe por qué la puso en mi camino.

Otros le llamarían casualidad.

Yo no. Creo que todo tiene una razón de ser.

Ella es una mujer tonta y superficial, de treinta y cinco años, con un marido rico. Tiene prótesis en los pechos, cirugía en la nariz y usa ropa de marca.

Sube a su auto. Mientras arranca, me mira sonriendo.

Alguna gente espera que sea viernes

A Federico Cugi le avisaron que falleció un amigo de la secundaria y volverá a la librería en unas horas. Ivana sale un momento después que él; es la hora de su almuerzo.

Juliana camina mirando vidrieras.

El arquitecto Mum va a comer con unos clientes.

El contador Freixedes escucha música viajando en su auto.

Analía lo abandonó y se queda en la casa de su amiga Olga hasta que pinten su departamento y lleven los muebles.

Virginia compra regalos para navidad.

Heidi se encuentra con Yafa.

Patricio fue al campo.

Orbietto lee el diario y espera que el mozo le sirva la comida.

Parece que ninguno de ellos hace nada fuera de lo común.

Pero nada es lo que parece.

Alguien que hace cosas malas

Es viernes 19, faltan seis días para la navidad. Ella huele a un perfume que olí en otra mujer. No me agrada ese olor. Vive en un semipiso con muebles caros y sobrecargados de adornos.

Está boca abajo, en la cama. Su cuerpo no está bien proporcionado. Me da lo mismo.

La tomo con toda mi fuerza del pelo.

Tiro de su pelo. Le corto el cuello.

Le clavo el cuchillo en la espalda.

Entra en su cuerpo hasta el mango.

Con lentitud, quito el cuchillo de su espalda.

Miro el cuerpo muerto de la que fue Jimena Urrutia.

La cama está desordenada.

En el piso, está su ropa.

Todo está donde debe estar. Puedo irme.

Conversaciones de nochebuena

—Es temprano para empezar a comer —dice Heidi.

—Son las diez y Eugenio tiene hambre.

—No puedo permitir que un hombre pase hambre. Ya vuelvo.

Heidi reaparece con una bandeja con fiambres.

—Don Orbietto, ¿es cierto que iba de pesca sin carnada?

Heidi deja sobre la mesa una bandeja con fiambres.

—Sí. Nunca me gustó la pesca.

—¿Para qué iba?

—Era un muchachito en ese tiempo. No sabía decir que no. Me parece cruel matar a un pez. Es terrible verlo coletear desesperado mientras se asfixia.

—Usted es de la clase de gente contradictoria. Se compadece de un animal y disfruta viendo a una mujer degollada.

Patricio interviene:

—Eugenio quiere a los animales. Es muy sensible.

—Hitler quería mucho a los perros.

—Es una bestialidad hacer esa comparación —dice Patricio.

—La bestialidad es comer carne con alma —dice Heidi.

—Los animales no tienen alma —dice Orbietto.

—Creía que el hombre era un animal mamífero. Si los animales no tienen alma, el hombre, siendo un animal, tampoco. ¿Eso quiere decir?

Orbietto menea la cabeza sin hablar, tiene la boca llena.

Patricio, como si quisiera evitar la conversación, dice:

—Estas mujeres hicieron algo que lo desequilibró como para que las apuñalara por las espaldas.

Orbietto sigue comiendo con cara de felicidad.

La cara que siempre tiene cuando come.

—Muy rico el fiambre —dice.

—Si fuera psicoanalista, le diría que hizo un comentario inconsciente de tipo canibalesco. ¿Comió carne humana?

—Todavía no. Si Patricio la alimenta bien y usted engorda unos treinta kilos, podría probar.

—¿Qué lo pudo hacer enojar? —dice Patricio.

Heidi corta una aceituna con cuchillo y tenedor.

Separa el carozo. Orbietto la mira con curiosidad.

Patricio sigue con lo que le interesa y dice:

—Zhao Chang y Jimena Urrutia tocaron algo oscuro que está en él. Les cortó el cuello y, bajo el impulso de un odio incontenible, las apuñaló por la espalda cuando ya estaban muertas.

Orbietto está concentrado viendo a Heidi cortar otra aceituna y, pedacito a pedacito, comerla con paciencia de anacoreta.

Patricio no le presta atención a la comida y continúa:

—Dejó de respetar los plazos entre crímenes, según lo venía haciendo. Asesinó a Chang el 7 de noviembre y a Urrutia el 20 de diciembre. Con las dos mujeres, solo dibujó la luna. ¿Por qué no agregó otro símbolo y completó la obra habitual?

—El asesino es como Miguel Ángel Cuorroti —dice Heidi.

—Es Miguel Ángel Buonarroti —dice Patricio.

—Yo digo de Miguel Ángel Cuorroti, que pintaba con cal los árboles de la calle, en Río Tala, donde vivía mi abuelo.

—Tenés abuelos por todos lados.

—Uno de mis abuelos vivía en una casa rodante, el otro era trígamo y tenía esposas en pueblos distintos.

—¿Nunca descansás? —dice Patricio.

—Grouncho Marx dijo: «El ocio es el opio de los pueblos».

Ni Patricio ni Orbietto piensan decirle que fue Carlos Marx el que escribió: «La religión es el opio de los pueblos». No saben con qué saldrá Heidi.

—Hay que conocer los perfiles completos de Chang y Jimena. Sus gustos, sus ideas políticas, todo. Hasta encontrar qué pudo haber sacado de las casillas al asesino —dice Patricio.

—Che, machos, me pudrieron. Todo el fin de semana no pararon de joder con la china y la Jimena. Y la siguen.

Heidi deja de comer aceitunas y agrega:

—A cada una, le una dio una sola cuchillada en las espalda, según dijeron ustedes. Y dicen que perdió el control porque se enojó. Cuando se pierde el control, se acuchilla varias veces, hay tipos que le dieron cien puñaladas a una mina. Este dio una sola puñalada y a otra cosa. Ustedes rompen las bolas diciendo que es un asesino notable. Alguien así, ¿se va a enojar porque unas putis digan alguna pelotudez? La verdad, ya no los aguanto más. Son dos tarados hablando taradeces. Dejen comer en paz a la gente

normal. Ni en nochebuena se dejan de romper las pelotas con las muertas.

Heidi comienza a cortar otra aceituna. Levanta la vista. Dice:

—¿Qué me miran?

3 – Conversaciones de nochebuena

Patricio y Orbietto comen en silencio.

—Tampoco es para que se queden callados. Pueden hablar de la vida de los ñanduces si quieren —les dice.

Heidi se sirvió queso y lo corta en triangulitos.

—¿Usted es un poco maniática, no?

—Sí. ¿Por?

—Se me ocurrió.

—¡Uy, me olvidé la comida en el horno! —Heidi da un salto.

—No se huele a quemado —dice Orbietto.

—Porque no encendí el horno.

Orbietto se ríe con ganas.

—Esta chica es extraordinaria. Opina de los asesinatos y pasa al horno apagado. Y tiene razón, nos contradecimos. Es un asesino con demasiada frialdad y precisión como para perder el control por unas mujeres histéricas —dice Orbietto.

Patricio aprieta los labios y levanta las cejas.

Suena el timbre. Heidi responde el portero eléctrico.

—¿Quién será? —pregunta Orbietto.

—Deben traer helado.

—¡Don Orbietto, ayúdeme! —grita Heidi desde la cocina.

—¿Qué le pasa a esta chica? —dice Orbietto

—¡Don Orbietto, usted sabe de comida, venga rápido!

—Dejala, ya volvió a su estado normal.

—No me cuesta nada ir a ver.

En la cocina, Heidi sostiene una bandeja llena de copas.

—Agarre que se me caen.

Le pasa la bandeja

—¿La dejo en esta mesa?

—No, ahí nunca.

—¿Por qué no?

—El que apoya una bandeja con copas sobre una mesa redonda en nochebuena, muere dos horas después y se lleva al que tiene al lado.

—Usted es medio supersticiosa.

—Sí. ¿Por?

—¿Las pongo sobre la mesada?

—De ninguna manera. Se pueden rayar con el mármol.

—Están sobre la bandeja.

—Pero hay que sacarlas de la bandeja con mucho cuidado. Es cristal lituano mezclado con pedregullo tailandés.

Cuando llaman a la puerta, grita:

—¡Pat, atendé que estoy muy ocupada!

Orbietto se da cuenta que, por algún motivo, lo está reteniendo junto a ella.

Permanece quieto con la bandeja en las manos.

Patricio se levanta de mala gana.

Abre la puerta con desgano. Se queda paralizado.

Delante de él, con un paquete en las manos, Analía dice:

—Hola, feliz navidad.

4 – Conversaciones de nochebuena

—Oiga, ¿hasta qué hora me va a seguir mirando?

Orbietto parece estar emocionado, carraspea y dice:

—¿Cómo hizo para convencerla?

—Yo no hice nada. Ni sé de qué habla.

—Llega una mujer y no va a ver. ¿No es raro en usted?

—Confío ciegamente en Pat.

—No me mienta. No se olvide que soy un experto interrogador. Tengo experiencia como para saber si mienten o no.

Heidi hace un gesto de resignación.

—Está bien. A usted es imposible mentirle. Jure que no le va a decir a Pat.

—Le doy mi palabra.

—Muchas veces, Pat se quedaba solo y miraba un cuadro o la ventana, como si se sintiera melancólico. Hasta hace unos días,

creí que pensaba en Virginia. Las mujeres siempre creemos que hay otra. No estaba equivocada. Pensaba en una mujer. Fíjese el tiempo que llevo con él y recién ahora vengo a darme cuenta de que extrañaba a la hija. Eso me pasa porque no soy madre, sino lo hubiera sacado al toque. Estuve muy boluda.

Orbietto escucha en silencio.

—Si alguien sufre y yo no hago nada estando al lado es como que estoy al pedo en la vida. ¿No le parece?

Orbietto afirma con la cabeza.

—Así que fui a verla. Le conté una mentira conmovedora sobre Pat —dice Heidi.

—Y la convenció.

—No la convencí. Me dijo que no pensaba venir.

—Si está acá es porque le creyó.

—No fue por eso.

—¿Por qué fue?

—Al quedarme huérfana, me crié en la calle y anduve vestida de varón para protegerme. Vendí flores, limpié los parabrisas de los autos, dormí en los trenes.

—Patricio no me contó nada. Sabía que sus papás fallecieron en un accidente y usted quedó a cargo de su tía.

—Me llevaron a un asilo, me maltrataron y me escapé. Mi tía Amelia era mi patrona. Yo trabajaba de sirvienta en su casa. Me tuvo lástima y me trató como si fuera de la familia. Me mandó a la escuela y a todos les decía que yo era la sobrina.

Orbietto parece tener una opresión en la garganta.

—No quiero acordarme de cosas feas, sobre todo en nochebuena. Creí que sabía de mi vida en la marginalidad y así entendería cómo convencí a Analía.

—¿Cómo lo hizo?

—La tiré al piso, la agarré del cogote y le dije que si no venía la iba a cagar a palos. ¿Estuve mal?

—¿Y qué le puedo decir?

1 – Un hombre que no puede estar cómodo

Federico está recostado en la cama. Mira una película vieja.

No sabe cómo se llama. Habían pasado los títulos cuando empezó a verla. Reconoció a Joseph Cotten.

Dos días atrás, dejó a Ivana.

—No voy a verte otra vez. Darío te va llamar y te dará lo que corresponde.

—Entiendo. Culo usado, culo echado. Creí que eras otra cosa. Pero no sos lo que parecés.

Bajó del auto. Antes de cerrar la puerta, dijo:

—Feliz navidad con tu esposa y tu hija.

Se fue sin mirarla.

2 – Un hombre que no puede estar cómodo

Juliana entra al dormitorio y busca ropa en el placar. Está sin maquillaje. Su cara se ve fresca y juvenil. Ella actúa como si estuviera sola. Toca el televisor con la punta de los dedos.

—*La sombra de una duda*. La historia de un ladrón y asesino que no tiene escrúpulos de matar a quien sea. Incluida la sobrina que lo admira —dice, como si hablara para sí misma.

Sale del cuarto sin dirigir la vista hacia él ni una sola vez.

Una chica con poca paciencia

—Vine a llevarme mi ropa.

—Analía, ¿sabés lo que estás haciendo? —dice el contador.

—Impedir que me sigas jodiendo.

—No sé de que hablás.

—Seguí lamiendo el orto de tu amante.

—No hay ninguna amante. Te volviste bastante paranoica. Te convendría ver a un psiquiatra.

—Si seguís tomándome de boluda, te vas a arrepentir.

—¿Le vas a contar a tu papi? ¿Qué les anda pasando a papito y al gordo boludo? Parece que no eran tan inteligentes. El asesino se cargó diez mujeres y se les ríe en la cara. Andá con tu papito y contale lo que quieras.

Es lo último que dice antes de recibir la patada en las bolas y caer al piso con el cuerpo doblado.

—Esto me lo enseñó mi papito. Para que supiera arreglarme sola cuando me encontrara con pelotudos como vos.

Hay quienes parecen incrédulos y a lo mejor son otra cosa

Acaban de encontrarse en un bar de Santa Fe y Pueyrredón.

Es un día caluroso de enero. A Patricio no lo afecta, pero a Orbietto le hierven los pies dentro de los zapatos.

—Hace días que le doy vueltas y sigo pensando que es muy posible la relación entre el asesino y vos —dice Orbietto.

—No creo que tenga que ver conmigo y estoy convencido de que se enojó con ellas, algo lo desencajó. No existe otra explicación para que las apuñalara por la espalda después de matarlas. Y es muy importante saber qué fue.

—Será lo más lógico, pero no es la lógica del asesino, sino la nuestra. Heidi razona usando la misma lógica que él.

Patricio levanta una ceja, como si lo pusiera en duda.

—¿Sabés quién es el contador de Cugi y Mum?

Orbietto lo pregunta y se echa para atrás.

Patricio espera. Escucha:

—Tu yerno.

1 – A veces ocurren hechos difíciles de explicar

Orbietto se sienta en su sillón y se saca los zapatos.

Su despacho es grande y bien iluminado por la luz que entra por el ventanal. El aire acondicionado está puesto a 20º. Hay una biblioteca con libros de derecho.

Sobre una pared, el diploma de abogado. En otra, dos reproducciones de obras de SIsley.

En un costado del escritorio, puso un pizarrón.

Ubicó en una mesita el equipo de audio. Está encendido.

Julie London canta *Misty*.

Sobre el escritorio, tiene un vaso con Paso de los Toros. Toma un largo trago. Suena el teléfono. Contesta. Se queda perplejo.

Del otro lado de la línea, Julie London canta *Blue Moon*.

2 – A veces ocurren hechos difíciles de explicar

La música se escucha durante treinta segundos. Cuelgan.

En el despacho de Orbietto, Julie London comienza a cantar *When I Falll in Love*.

—Extraordinario, extraordinario —dice.

Se tira al piso y mira abajo del escritorio, el sillón y las sillas.

Comienza a revisar el cuarto.

Tiene que sacar los libros de los estantes.

Es demasiado para él solo. Llama a Patricio.

—Estoy con Heidi en el hall del cine.

La escucha diciéndole que se suba la bragueta.

Lo imagina mirándose y amagando subirse el cierre; a Heidi sonriendo por el chiste y a él poniendo cara de «no jodas más».

—Hablo con Eugenio, no hinchés —lo escucha decirle—. Hola, perdoná. Volví del baño. No se va a perder la oportunidad de boludear. ¿Qué pasa?

—Vení con ella. No puedo decirte para qué.

Va a buscar un destornillador para desarmar el teléfono.

3 – A veces ocurren hechos difíciles de explicar

Patricio y Heidi lo encuentran sin zapatos, parado sobre una silla, sacando los libros de los estantes más altos.

—¿Qué estás haciendo? —dice Patricio.

Orbietto se lleva un dedo a la boca pidiéndole silencio.

—Busco un micrófono —dice, en voz baja.

—Déjeme a mí. A ver si se cae de culo —dice Heidi.

Heidi se saca los zapatos, espera que se baje y sube a la silla.

Dos horas después terminan.No encuentran nada.

—Apenas entré, puse a Julie London. Menos de cinco minutos después, sonó el teléfono. Nadie habló. Solo Julie London cantando *Blue Moon.*

—Fue pura casualidad. Podrías haber estado escuchando a otra cantante.

—Eso sí. Pero firma con una luna y con una canción nos provoca. Nos quiere decir que es el patrón de la vereda. A menos que sea otra pista. La verdad, no sé cómo hizo esto.

—Llamó muchas veces hasta que te encontró.

—Si no hay micrófono, puede que sea así. Pero, ¿cuántos saben que me gusta Julie London y que *Blue Moon* es nuestra canción preferida? No debe haber más de diez personas. Cugi, Mum y Freixedes pueden saberlo —dice Orbietto.

—¿Cómo se enteraron? —pregunta Patricio.

—Virginia le contó de la canción a Cugi y a Mum, o solo a uno de los dos. Pudieron haberla escuchado en la radio del coche y comentar: «La canción preferida de Patricio. Le gusta la versión de Julie London». A tu yerno, se lo pudo decir Analía.

—¿Adónde querés llegar?

—Con esto que acaba de pasar, los tres pueden ser considerados sospechosos. Freixedes es el contador de los otros dos. ¿Debemos pensar que es una casualidad?

Patricio chasquea la lengua.

—¿Podés ir a la cocina a preparar café? —le dice a Heidi.

—Bueno. ¿Margarita no vino?

—Es el mes de feria judicial. Está de vacaciones.

—Si precisa una secretaria, estoy disponible.

—Usted ya tiene trabajo.

—Renuncié.

—¿Qué pasó?

—Me agaché y el dueño me tocó el culo. Le pegué una trompada y le rompí la nariz.

A Orbietto le hace bien reírse, se relaja un poco.

—Hizo bien. Se lo merecía. Usted arregla todo a las piñas.

—Le conté a Pat y, de una manera propia de un frígido, me dijo que ese turro me iba a denunciar por romperle la jeta. Entonces, cacé el teléfono, imité otra voz, me hice pasar por abogada y le anuncié que pasaría una señorita a buscar mi sueldo e indemnización por despido. De lo contrario, se le haría juicio por acoso sexual a una empleada modelo y la notificación la recibiría la esposa.

—Dejate de hablar macanas y andá a hacer café.

—¿Yafa me trajo la plata?

—Sí —le responde de mala gana.

—¿Vio? No es cosa de que me haga pasar por mentirosa. Si algo detesto son las mentiras. Ya me estoy yendo.

Cuando Heidi sale del despacho, Orbietto pregunta:

—¿De verdad le rompió la nariz?

—Sí.

—¿Hizo lo que dijo?

—La amiga le llevó el sobre y la plata.

—Tuviste que ser un poco más hombre y defenderla.

—No te des máquina. Iba a hacerlo, pero me ganó de mano.

—Para la próxima, sé un poco más machito. Muy bien por ella. Es aguerrida la piba. Desde chiquita tuvo que aprender a defenderse sola. Y vos, ¿cómo no me contaste que se escapó del asilo de niños y estuvo viviendo en la calle?

Patricio suelta una carcajada.

Orbietto demora unos segundos en darse cuenta.

—¡Qué la tiró de las patas! Acababa de decir que no me mintiera porque soy un experto interrogador y sé cuando mienten. Mirá con el bolazo que me salió.

Patricio sigue riéndose. Orbietto termina por reírse.

4 – A veces ocurren hechos difíciles de explicar

Orbietto le pone cuatro cucharadas de azúcar al café.

—Le salió muy rico.

—Se le agradece y le pregunto para qué usa ese pizarrón.

—Me sirve para hacer anotaciones.

—Debe haber estado enamorado de una maestra.

—¿Qué chico no se enamora de alguna maestra o profesora?

—Un gay.

Orbietto levanta el pulgar hacia arriba.

—¿Esos nombres en el pizarrón son los de las difuntas?

—Como ve, es así. Estas son las fechas en que las mataron y estos, los símbolos que dejó el asesino.

—¿Puedo dar una opinión?

—Te la pasás opinando —dice Patricio.

—¿Ustedes saben que el tero en un lado pone el huevo y en otro grita?

—Teníamos entendido que era así —dice Patricio.

—Les pregunto porque no crecieron en una granja como yo.

—¿En qué granja creciste?

—En la de mi abuelo y no interrumpas. No estamos hablando de mi vida, sino de las finadas.

—Explique lo que quiere decir con el tero.

Orbietto toma café y la mira con una sonrisa.

—El asesino hace como el tero. Ustedes escuchan el grito y no ven el huevo.

—¿Qué huevo no vemos? —pregunta Patricio.

—Ustedes miran nada más que esta columna con los símbolos. ¿Qué hacen después?

—¿Qué hacemos? —le pregunta Orbietto.

—Hablan al pedo.

—Lo que usted llama de ese modo, es un intenso y profundo análisis de las pistas. Elaboramos hipótesis y juntamos pieza por pieza hasta reconstruir los sucesos de manera precisa.

—Entiendo. No por nada son los mejores.

—Lo dicen los demás —aclara Patricio.

—Usted no se intimide. Siga, Heidi.

—El mago muestra una mano, pero la moneda está en la otra.

—¿Puede ser más clara?

—Me educo haciendo crucigramas y sopas de letras. Con la experiencia adquirida, puedo decir que los símbolos y la luna no tienen nada que ver. La pista está en los apellidos.

Patricio sonríe ligeramente, como si esperara una estupidez, y enciende la pipa.

—Los nombres son: Flavia Arana - Daniela Trevi - Daniela Iturbe - Marcela Derrida - Viviana Olivares - Diana Raggi - Jorgelina Ferrands - Oriana Arroyo - Zhao Chang - Jimena Urrutia.

Heidi se acerca al pizarrón.

—Don Orbietto, ¿me permite usar el borrador?

—Por supuesto.

—Gracias. Caballeros, dejando de lado los dos últimos apellidos ¿pueden decirme cuáles son las ocho letras iniciales de cada apellido, leyendo desde el último al primero?

Heidi borra todo, excepto la primera letra de cada apellido.

—Estimado auditorio, leyendo desde la letra final hacia la primera, ¿qué se lee?

—A-T-I-D-O-R-F-A —dice Orbietto.

—¿Y al revés qué leen?

Orbietto se demora unos segundos leyendo las letras y, poniéndose de pie, casi como si gritara un gol, dice:

—¡Afrodita! ¡Es un acróstico!

Patricio se queda mirando el pizarrón. Deja de sonreír.

Orbietto mira de cerca las letras, como si fuera miope.

Con la voz exaltada, dice:

—La «C» y la «U» de Chang y Urrutia son parte del mensaje. Todavía no lo completó. Va a poner su firma. Nombre y apellido. Eligió Afrodita como apellido, falta su nombre. Grandioso: resolvió el misterio.

—¿Qué misterio? —pregunta Heidi.

5 – A veces ocurren hechos difíciles de explicar

—Realmente extraordinario. El mensaje es el acróstico. Lo demás, fuegos artificiales para distraernos. El asesino es muy inteligente y astuto —dice Orbietto.

—Tiene que haber hecho un enorme trabajo para encontrar mujeres con los apellidos apropiados y un perfil específico: jóvenes e infieles —dice Patricio, que se ve demasiado inquieto.

—¿Y si se hubiera descartado demasiado pronto la hipótesis de que sea más de un asesino?

—Ya lo pensamos muchas veces y siempre llegamos a lo mismo: es poco probable que haya más de un asesino.

—Creo que habría que reconsiderar esa posibilidad.

—Como en *La muerte camina en la lluvia*. O en esa variante que hizo Wes Craven con *Scream* —dice Patricio.

—¿Y si se hubieran entrenado para tener el mismo estilo de cortar los cuellos? Podrían ser un zurdo y dos derechos.

—Suponer un pacto criminal entre Freixedes, Cugi y Mum es un delirio —dice Patricio.

—Ellos esconden un secreto.

—Perdonen mi crudeza, pero ustedes no dicen más boludeces por falta de tiempo. La verdad, me tienen con las bolas llenas. Freixedes, si pela una papa, se corta el dedo. Los otros dos ni de lejos tienen que ver con los crímenes —dice Heidi.

—¿Cómo lo sabés? —pregunta Patricio.

—Porque el asesino es una mujer.

6 – A veces ocurren hechos difíciles de explicar

Heidi está sentada con las piernas y los brazos cruzados.

—Si quieren encontrar a la asesina, busquen por el lado de Pat. Las putis siempre andan a su alrededor. Fin. El tema no da para más. Ya me estoy yendo.

La miran salir de la oficina. Orbietto dice:

—Esta chica es una genia.

7 – A veces ocurren hechos difíciles de explicar

—Una asesina suena a disparate —dice Patricio.

Orbietto pita el cigarrillo, suelta una humareda y dice:

—Si es una mujer cada pieza encaja. Confían en ella. Creen que el asesino es un hombre. Las llevan a sus casas porque no las dejarían entrar en un hotel para parejas. En uno de pasajeros, aunque fuera disfrazada, averiguaríamos que al cuarto entraron dos mujeres. La asesina evita esa posibilidad. Una mujer explica la ausencia de semen y penetración. Además, te conoce.

—No me convence —dice Patricio.

Una chica poco comprensiva y una mujer algo rencorosa

—No contestaste mis llamadas. Era navidad.

—Pasé muchas navidades con vos. Ahora las paso con papá.

—Hablé con tu marido. No fuiste con él.

—Me separé.

—¿Qué pasó?

—Nada en lo que te debas meter.

—Todas nos reviramos después de un divorcio. ¿Cómo la pasaste con Patricio?

—Fue como volver a casa y estar otra vez con papá y el tío.

—Le volviste a decir tío.

—Sí, porque es mi tío. Un tío que yo elegí. Estuve con la novia de papá. Es resimpática. Tiene veinticinco y parece una modelo de *Elle*. Además, es inteligente.

—Me alegro que te guste tu madrastra y que se lleven bien. Mientras dure en el puesto.

—Va a durar mucho. Sabe cómo cuidar a papá.

—¿Cuidar? Patricio se cuida solo.

—Esa es la diferencia entre ustedes dos. Ella se preocupa por él y trata que esté bien. Todo lo contrario de lo que hiciste vos.

—Está verde. Cuando madure, verá lo mismo que vi.

—Cortala hablando mal de papá. Supe cosas de vos.

—¿Qué supiste?

—Que sos una puta.

Todo es cuestión de tiempo

A las 13.15 del sábado 24 de enero de 2004:

El arquitecto Mum estaciona su coche.

El contador Freixedes camina por la calle.

Cugi va en su auto.

Orbietto se despide de Bogo.

Juliana abre la puerta y sonríe.

A las 19.15 del sábado 24 de enero de 2004:

Heidi lee una revista europea de ropa femenina.

Patricio acaba de llegar.

Llevó a Analía hasta el departamento al que se mudó.

Suena su teléfono celular. Contesta. Es Orbietto. Dice:

—Mató a Cugi en la casa. El asesino está muerto. La piba se salvó de milagro.

Patricio se queda mudo.

A las 22.20 del sábado 24 de enero de 2004:

—¿Doctor Orbietto?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy Esteban Parrado. Disculpe que lo llame a esta hora. MI mujer y yo somos los mejores amigos de la familia Cugi.

—Sí, por favor, dígame en qué puedo serle útil.

—Nos recomendaron buscar un abogado para Juliana Cugi. Ella pidió que fuera usted. ¿Puede aceptar, doctor?

—Por supuesto. ¿Le tomaron declaración?

—Habló con la policía. Como pudo, contó lo que pasó. Está muy mal. Le dieron sedantes y la dejamos durmiendo. Esta noche se queda en la clínica. Mañana se quedará en mi casa. Por suerte la nena estaba con nosotros.

A las 23.30 del sábado 24 de enero de 2004:

—Mañana voy a verla.

—Bien, bien —Patricio parece muy cansado.

—A ella la encontraron en estado de shock.

—Es increíble que esto termine así —dice Patricio.

—Ustedes tendrían que estar contentos porque cayó el asesino y, en cambio, están hechos percha —dice Heidi.

—Nos tomó de sorpresa.

—Orbietto, usted está jodido. No probó la pastafrola.

—Ahora como. Disculpe, pero ¿podría servirnos un poco más de café?

—Y sí, está recontrajodido. Acabo de dejar el café en la mesa y la botella de vuiski. Ahí, mire.

—Fíjese qué distraídos estamos.

—Tienen la depresión del ocio. ¿Ahora, qué van a hacer sin su asesino?

Ninguno de los dos le responde.

—Tranquis. No todo es lo que parece —dice Heidi.

—¿Qué querés decir? —le pregunta Patricio.

—Listo. Fin. El tema no da para más. Ya me estoy yendo.

—Vaya dios a saber qué quiso decir —dice Orbietto.

A las 14.00 horas del domingo 25 de enero de 2004:

—Acabo de mandarte un mail con las fotos de la escena del crimen. La policía corroboró el relato de Juliana. El nombre del asesino es Pablo Fiorito. Treinta y seis años, un metro ochenta, tez clara. Alquilaba un departamento de dos ambientes en Almagro. Bogo consiguió una orden de allanamiento. En el mail te mandé todos los detalles. ¿Venís?

—No. Te espero cuando termines —dice Patricio.

A las 23.00 del domingo 25 de enero de 2004:

—Al mediodía, salió de la clínica. Los Parrado están con ella, son buena gente. No tienen hijos y a la nena la quieren como si fuera de ellos.

Apaga el cigarrillo y enciende otro. Demora en continuar.

Heidi se saca los zapatos y apoya los pies sobre la mesita.

—Juliana tenía la cara lavada, el pelo suelto, los ojos tristes y todavía asustados. Lucía Parrado le hizo poner un vestido suyo. Ella no quería salir de la cama ni vestirse. Andaba con unas chinelas de entrecasa.

Orbietto hace una pausa para pitar el cigarrillo y sigue:

—Esperaba encontrar a una mujer del estilo de las otras víctimas y tenía enfrente a una chica que era la imagen de la desolación. Al verla llorando y el modo en que le temblaba la mano sosteniendo el cigarrillo, sentí que el asesino era un miserable. Y me alegré de que estuviera muerto.

Orbietto se detiene. Toma un trago de vuiski.

—Hablamos durante cinco horas. Se la ve muy mal. Sigue como atontada. Un poco por los tranquilizantes y otro poco por el impacto de lo que ocurrió.

—¿Habló con Bogo?

—Le pedí que le tome declaración el martes. A la policía le dijo bastante, considerando el estado en que está.

Patricio fuma la pipa. Escucha con mucha atención.

—Cugi tenía una amante. Ella se enteró. Pensó en separarse, pero no sabía dónde ir. El marido y la hija eran toda su familia. Ahora, le quedó la nena. Juliana es hija de madre soltera. La madre se suicidó cuando ella tenía quince. Nunca había tenido una familia, hasta ahora. Por eso le daba tanta importancia.

Heidi está en silencio mirándose los pies.

—Pasó más de un año sin tener relaciones con Cugi.

—¿Cómo conoció a Fiorito?

—En un shopping. Estaba deprimida. Hablaron. Después, el la llamó y se encontraron. Empezó hace cuatro meses. Él le dijo que se llamaba Marcelo Iturraga.

—Es natural que usara cualquier nombre.

—Dijo ser casado y tener dos hijos. Así evitaba que ella o las otras víctimas quisieran ir a su casa.

—Lo pensó bien —dice Patricio.

—Dijo ser intermediario en la venta de jugadores de fútbol.

—¿Qué motivo dio Juliana para meterlo en la casa?

—Iba a estar sola. Era la oportunidad de darle el gusto.

—¿Qué gusto?

—Poseerla en la cama donde ella dormía. De ese modo iba a sentirla como suya y no como la mujer de otro hombre.

—Solamente una mujer puede creer semejante idiotez.

Heidi lo mira de reojo y vuelve a mirarse los pies.

A las 23.35 del domingo 25 de enero de 2004:

—Fiorito llegó cerca de la una. Fueron a la cama. La hizo poner boca abajo y comenzó a hacerle un masaje. Se sintió relajada. Le dijo que no se moviera. Iba al baño. Se quedó quieta hasta que regresó. Le acarició la espalda. Se detuvo. Estaba apoyado sobre ella. En ese momento, Juliana hizo lo que ninguna de las

otras: giró la cabeza. Vio el cuchillo. Lo golpeó con el brazo, dio un salto fuera de la cama. Él trató de agarrarla. No recuerda nada más. No sabe cómo llegó al baño y cerró la puerta con llave. No tiene la menor idea en qué momento levantó al perro y lo llevó con ella. El modo en que funciona la mente humana es un misterio. Esta mujer, estando en peligro, pensó en el perro.

—La obra de arte o la vida en un incendio —dice Patricio.

—El asesino intentó abrir la puerta. Juliana se acostó contra la puerta para reforzarla. Así la encontró la policía. Tuvieron que empujar la puerta y arrastrarla a ella por el piso para conseguir entrar. Temblaba de pies a cabeza y no soltaba al perro. Lo tuvo todo el tiempo entre los brazos. Lo llevó con ella a la comisaría. Le pregunté por qué se preocupó tanto por el perro. Me contestó: «No sé. Pensé que tendría miedo».

—En situaciones de peligro cada uno reacciona de acuerdo a cómo es su verdadera manera de ser —dice Patricio.

—Juliana estuvo más de cinco horas en el baño. No se animó a salir. Escuchó ruidos, pero nunca supo lo que había pasado hasta que se lo contaron. Viendo el estado en que se encontraba, la mujer policía, con buen criterio, le tapó la cabeza para que no viera los cadáveres mientras la sacaban de la casa.

—¿Quién llamó a la policía? —pregunta Patricio.

—Los Parrado. Cerca de las seis y media. Nadie respondió al tocar el timbre y llamaron por teléfono. El coche de Cugi estaba estacionado delante de la casa y pensaron en un asalto. Lucía

Parrado me hizo notar que a Juliana la salvó haber aprendido karate. El manotazo que le tiró al asesino indica que tiene reflejos entrenados.

Orbietto termina el vaso de vuiski de un trago.

Enciende otro cigarrillo.

Heidi se puso en posición de loto sobre el sillón.

—Por alguna razón que Juliana desconoce, su marido volvió a la casa. Se supone que entre las 14.00 y las 14.15. Su llegada sorprendió al asesino.

—El destino jugó en contra de Cugi y Fiorito. Pero a favor de la chica —acota Patricio.

—El asesino no alcanzó a vestirse. Estaba desnudo. Cugi trató de entrar por la puerta del frente. La encontró cerrada con llave. Tocó el timbre. Juliana no se acuerda de haberlo escuchado. Como su mujer no le abrió, fue por la puerta de la cocina. Al entrar, el asesino lo acuchilló por la espalda. Cugi recibió una puñalada en el pulmón, trastabilló, volteó una silla. El tropezón evitó que la segunda puñalada llegara plena y la recibió en el hombro. Sobre la mesada había un portacuchillos, Cugi consiguió tomar uno. El asesino lo hirió en el estómago. Cugi cayó al suelo. Lo más probable que de forma instintiva, antes de ser degollado, le clavó el cuchillo en la carótida. Fiorito, el asesino de las mujeres, murió desangrado en segundos.

—El cuerpo de Cugi quedó en la cocina, ¿el del asesino también? —pregunta Patricio.

—En el living, a unos tres metros de la cocina. Dejó rastros de su sangre sobre el cuerpo de Cugi, y la de este quedó en sus manos y en el pecho. Caso cerrado. El final es paradójico: un asesino serial que degüella a sus víctimas, muere degollado.

—Realmente paradójico —dice Patricio.

A las 0.15 del lunes 26 de enero de 2004:

—Listo el carpincho —dice Heidi y se levanta sin calzarse.

—Listo el pollo, se acostumbra decir —dice Orbietto.

—En el campo hablamos de carpinchos. Yo era chica y tenía un carpincho. Iba conmigo a todas partes. Llegó de visita el bestia de mi abuelo, vio al carpincho y lo asó a la parrilla.

—¿Te parece que estamos para escuchar estupideces?

—Si las dice Juliana, ustedes quedan embobados.

—¿Qué querés decir?

—Jodete solo —le responde Heidi y se va.

—Es una piba de mucho carácter —dice Orbietto.

A las 0. 40 del lunes 26 de enero de 2004:

—Me gustaría que Heidi trabaje en el estudio. Pero si te molesta no le digo una palabra.

—Sabía que ibas a ofrecerle trabajo. Me parece muy bien. A Margarita también le va a encantar la nueva secretaria.

—A Margarita la contrataste vos, por las piernas que tenía. Si no fuera que, con los años, uno va encariñándose hasta con lo malo, ya la hubiera echado. Heidi no va a ser una secretaria, sino procuradora y asesora o algo así.

Heidi vuelve con más café.

—Creí que no iba a verte en mucho tiempo. Te fuiste enojada.

—No confundas reacción temperamental con enojo.

—Dígame, ¿qué quiso decir con lo que dijo?

—No sé de qué me habla. Quedé desmemoriada desde que en Villa Gesell una inmensa ola me golpeó; el agua se me metió por las orejas y me dañó el centro de la memoria. Mire, ando en patas porque me olvidé las zapatillas al lado del sillón.

—No te hagas la interesante. Tu teoría de la mujer asesina fue un fracaso.

—Si vos lo decís, será así. Me voy a dormir. Mañana empiezo en mi nuevo trabajo.

—No sabía que consiguió un trabajo.

—Don Orbietto, ya le dije que se cuide del Alzheimer. Usted me ofreció el trabajo. ¿No se acuerda?

—Le comenté a Patricio que iba a ofrecérselo.

—Menos mal que algo recuerda.

—¿Cómo podés escuchar todo lo que hablamos?

—No estoy para dar explicaciones. Don Orbietto, usted llega a las tres al estudio, mañana estoy a esa hora. Luego, me dirá cuál es mi horario. No se preocupe por el sueldo. Me da igual. Y

me permito comentar que Fiorito no es el asesino de las esposas. Buenas noches.

Con la cabeza hace un saludo ceremonioso y se va.

Orbietto toma un trago de vuiski y dice:

—¿En qué se basa para decir que Fiorito no es el asesino de las esposas?

—En taradeces —dice Patricio.

1 – Alguien que hace cosas malas

Griselda tomaba cerveza negra mientras escuchaba música y tejía cuadros. No terminó la botella. Tampoco el cuadro.

En la vida hay que apresurarse a hacer las cosas que nos gustan. Nunca se sabe cuándo la muerte llama a nuestra puerta. Yo llamé a la suya. Antes de abrirla, no creo que haya tenido ni un presentimiento de estar viviendo los últimos minutos de su vida.

¿Cómo podría saber que estaría muerta el viernes 20 de febrero de 2004?

Quizás sea mejor así.

2 – Alguien que hace cosas malas

Le corté el cuello. Enterré el cuchillo en su espalda.

Tracé una media luna cortando la piel.

Mi exaltación se calmó.

Procedí como siempre.

Solo me detuve un poco más de lo habitual en el baño.

Había un enorme espejo que me reflejaba de cuerpo entero.

No puedo evitar mirarme cuando estoy cerca de un espejo. Entiendo a la Reina fascinada con su espejo mágico.

Sonreí mirándome.

Me gustó la mujer que vi sonriendo en el espejo.

1 – Unos se convencen y otros no

—Eugenio me llamó recién. Habló con la policía. Ahora está con gente de la fiscalía. La víctima se llamaba Griselda Larrondo En un rato voy al estudio —le dice Patricio a Heidi.

—El doctor Orbietto puede atenderlo a las 18,30 horas.

—Heidi, no boludeés. Esto es muy grave.

—Grave es indisponerse, tener puesto un pantalón blanco y no tener toallitas.

Patricio y ella hablan por teléfono. Él está a punto de insultarla. Se contiene y hace un comentario.

—Con las iniciales de las tres últimas víctimas, Chang, Urrutia y Larrondo, se forma Luc, siempre leyendo al revés. Luc Besson dirigió *Nikita*, la que te gustó tanto. También, Jean-Luc Goddard, que hizo varias obras maestras.

—Nikita es una asesina —dice Heidi.

—En *Sin aliento*, Belmondo mata a un policía y Jean Seberg lo entrega.

—Una guacha.

—Jean Seberg es intocable. Ella y Ana Karina fueron los iconos de la nouvelle vague. Se suicidó.

—La guacha era Patricia, el personaje de Seberg. Ella no se suicidó, la mató el FBI. La estuvo acosando e impidiendo que le dieran papeles en Hollywood. El acoso duró más de quince años. Hoover la hizo perseguir por sus ideas socialistas y por el apoyo

que le dio, en los años sesenta, al partido de Los panteras negras, que reclamaba por los derechos de los negros.

—¿Cómo sabés todo eso?

—Lo leí en *Los secretos nunca revelados del FBI*, escrito por un ex agente.

—¿De dónde sacaste ese libro?

—Vendían tres al precio de uno. También me compré *Los secretos nunca revelados de la iglesia*, escrito por un ex obispo, y *Los secretos nunca revelados de los Ovnis*.

—Escrito por un extraterrestre.

—Si hubiera sabido que lo tenías, me compraba otro.

—Con vos hay que tener paciencia de santo.

—Sí. ¿Por?

2 – Unos se convencen y otros no

—No hay dudas de que es el mismo asesino. Pablo Fiorito era un imitador. Es probable que haya asesinado antes y eligiera copiar los crímenes del asesino de las esposas —dice Patricio.

—Otra vez, solo dibujó la luna. Es la tercera mujer en la que no deja símbolos. Le clavó el cuchillo en la espalda. Heidi acertó cuando dijo que las puñaladas en las espaldas no eran por enojo, sino parte de un mensaje —dice Orbietto.

Con las manos en los bolsillos, Patricio recorre la oficina.

Se detiene y dice:

—¿Ya notaste que con la primera inicial de Larrondo y de las dos víctimas anteriores se forma Luc? Como Luc Besson.

—Vean, yo tengo hambre. ¿Vamos a comer?

—Usted no creyó que Fiorito fuera el asesino que buscamos.

—Se la pasan diciendo que es un maestro del crimen. ¿Va a errar la puñalada que le pegó en la espalda teniéndolo servido y no lo mata de una? Le da dos puñaladas más y la víctima lo apuñala a él, como si fuera uno de esos yanquis de las películas a los que les meten cinco balazos y, en el último suspiro, le salva la vida al amigo pegándole un tiro al asesino en el momento que levanta el hacha para rajarle la cabeza. ¿Quieren creer eso?

—Bien pensado —dice Orbietto.

—Y sé que no era el asesino de las esposas porque no es un asesino, sino una asesina —agrega Heidi.

—Luc nos lleva a Nikita, una mujer asesina —dice Patricio.

—No hay un asesino, sino una asesina —asiente Orbietto.

—En ningún país hubo una mujer asesina con este estilo. Al menos, que nosotros sepamos.

—No hay. Es única. Una maestra del crimen.

—Ustedes son miembros destacados de la elite de los rompe huevos. ¿Vamos a comer?

1 – Algunos parecen recuperar la memoria

—Vayan entrando, ya vuelvo.

—¿Adónde vas? ¿No tenías tanta hambre?

Están por entrar a un restorán.

Heidi camina muy rápido.

—Qué chica piantada —dice Patricio.

Se acomodan en una mesa.

—Sabe trabajar. Es muy buena. Alegra el estudio.

—La asesina se siente identificada con Nikita —dice Patricio.

—La diferencia es que Nikita toma consciencia y deja de ser una asesina.

—Abandona el trabajo. Desconocemos si no sigue matando.

—La asesina sabe que somos cinéfilos y el nombre Luc nos va a remitir a algún director o actor. Nos lleva como por un tubo a que pensemos en Luc Besson y Nikita.

—Besson también dirigió *Le grand bleu*, *El gran azul*.

—Que lo conecta con *Blue Moon* —dice Orbietto.

—Acá estoy de vuelta, caballeros.

—Nos dimos cuenta —dice Patricio.

—Escuchen porque no repito. Les digo de una lo que averigüé con mis contactos internacionales.

—Diga, somos todo oídos.

—El apellido no es Chang, sino Zhao. En China se usa el apellido primero.

—¿Quién te lo dijo?

—El chino del supermercado de la otra cuadra. Como la asesina formó el acróstico con las primeras letras de los apellidos, la letra no es la «C» de Chang, sino la «Z» de Zhao. De tal manera, todo lo que hablaron de Luc fue al pedo. El nombre es Luz.

—Maravilloso hallazgo —dice Orbietto.

Patricio se queda en silencio. De repente, dice:

—La conozco.

2 – Algunos parecen recuperar la memoria

—En otro momento, te cuento —le dice Patricio a Orbietto.

Heidi se levanta.

—Ningún problema, caballeros. Me voy a otra mesa.

—De ninguna manera, quédese —dice Orbietto.

—Entiendo que mi presencia incomoda. Me retiro.

—Sentate, Heidi. No hagas papelones.

—Haciendo papelones las santas llegaron al cielo.

Heidi se acomoda en otra mesa.

—Andá a buscarla.

—No pienso darle el gusto a una mocosa caprichosa.

—Que nos ayudó a resolver la mayor parte del caso.

—No es para tanto. No quiero que escuche.

—¿Qué cosa no puede escuchar?

Patricio Lavardén relata unos sucesos del pasado

—La conocí cuando todavía estaba casado. Pocas veces pasaba a buscar a Analía. Se encargaba Virginia. Ella me llamó. No se sentía bien. Me pidió que fuera a la escuela de danza.

Llovía a torrentes.

Cuando llegué, Analía me esperaba en la puerta.

Una chica la acompañaba. Las dos corrieron hasta el auto.

Era más alta que Analía. Flaca, de pelo corto, castaño, ojos marrones, con un lunar encima de la ceja izquierda y tatuajes en el dorso de las manos. Uno, en la derecha, con su nombre: Luz. En la izquierda: Noche. Un tercero, en el hombro. Era medio raro. No sé bien qué era. Una especie de buitre con algo más. Tenía un piercing en la nariz. Su voz era un poco aguda, con un leve zezeo.

Vos todavía eras juez. Sería en el 93 o 94. Analía tenía quince años. Y Luz dijo tener dieciocho

La llevamos hasta Gascón y Soler. Antes de bajar dijo:

—Sé que usted es un abogado famoso. No sé si ocupa de problemas menores. A mi mamá la estafó el novio. Averiguamos que engañó a otras mujeres. ¿Es mucha molestia si lo llama para consultarlo?

No llegué a responder. Analía le dijo que me llamara.

A los dos días, Luz fue al estudio a última hora. Dijo que la madre estaba muy deprimida, no se levantaba de la cama y lloraba todo el tiempo.

Luz se había puesto una pollera corta, demasiado corta.

Me contó la historia de la estafa.

De repente, dijo:

—¿A qué hora se va la secretaria? Le contesté que en unos minutos. Se puso a mi lado. Dijo:

—Lo de mi mamá es mentira. Me siento atraída por usted.

Se sentó a caballo sobre mis piernas.

—Dígale a su secretaria que se vaya —dijo.

Tuvimos sexo. Después, me senté en mi sillón.

Ella puso los pies sobre el escritorio, con las piernas abiertas. No se había vuelto a poner la bombacha.

Tuteándome, dijo:

—¿Sabés que podés ir preso? Tengo dieciséis.

Seguro que me cambió la cara. Se puso a reír y dijo:

—Tranqui, cumplí dieciocho. Nunca le creas a una chica que te muestra la vagina.

Esa fue la única vez que intimamos. Y la última en que la vi.

Desapareció. Dejó de ir a las clases de baile.

Había mencionó el crimen de Ponce. Dijo:

—Esridículo matar a un hombre, cortarlo en pedazos y desparramarlos en bolsas de residuos por la ciudad. Sobre todo, dejar que descubran la cabeza y las manos. Así es simple saber quién es la víctima. Después, el cadáver llevó directamente a la esposa. Resultó fácil resolver el crimen. Se encontraron con una asesina muy estúpida. Hay que saber asesinar.

Le pregunté cómo habría matado a su marido. Contestó que no importaba cómo, sino que no sospecharan de ella.

Dijo:

—Si yo me convierto en una asesina, voy a dejar pistas para que sepas que fui yo.

Le respondí:

—Serías tan estúpida como la descuartizadora. Terminarías en la cárcel.

Con un tono petulante, dijo:

—Te apuesto que nunca me atrapan, aún sabiendo que fui yo. Aunque estuviera parada frente a vos, jamás sospecharías de mí.

No la tomé en serio. Era una chica bastante creída jugando a la criminal. Como tantos que dicen que van a asaltar un banco y nuca lo hacen.

Ahora, sé que no hablaba por hablar. Con mucha sangre fría, me tiró el guante, desafiándome. Porque eso fue un desafío.

—Esa chica te buscó no para tener sexo con vos, sino para desafiarte. Lo más probable es que ya hubiera matado.

—Puede ser.

4 – Algunos parecen recuperar la memoria

—¿Cómo no pensaste en Luz durante todo este tiempo?

—Nunca pensamos que los crímenes podían ser obra de una mujer. Ni me acordé de Luz. Era una chica que se acostó conmigo y con la que conversé sobre casos policiales, astrología y películas. Nada distinto a lo que hice con otras mujeres.

—¿Qué otra cosa supiste de ella?

—No volvió a las clases de danza y Analía pensó que podía haberle pasado algo malo. Hice unas llamadas. Nada fuera de lo normal. Conocí a muchas loquitas que se acuestan con un tipo y desaparecen después.

—¿Qué más pasó cuando estuviste con ella?

—Había puesto música. Sonó *Blue Moon*, le dije que era una de mis canciones preferidas, que esa versión de Julie London era difícil de conseguir y que la compraste en Londres. Mientras se vestía, le dije: «Una Venus en el estudio». Le conté la historia de Afrodita. La escuchó con interés. Me pareció una pendeja putita, como hay muchas.

—Pero ella no era como las otras.

—Se negó a que la acompañara hasta la casa. Antes de irse, me miró a los ojos y dijo: «En un tiempo, sabrás de mí. Vas a divertirte conmigo. Puedo ser muy entretenida para alguien con tus gustos».

—Una chica notable.

—Estuve medio boludo, ¿no?

—Fuiste un chorlito. Manejaste a todas las mujeres como quisiste y te encontraste con una mocosa de dieciocho que jugó con

vos como juega el gato maula con el mísero ratón. Como dicen: a cada chancho le llega su San Martín.

—Hasta Napoleón tuvo su Waterloo.

—Luz te buscó para desafiarte, el sexo fue una excusa.

Patricio menea la cabeza, como si tuviera el orgullo herido.

—Decile a Heidi que venga. La pobre está comiendo sola.

Orbietto mira hacia la mesa de Heidi en el mismo momento que ella lo mira. Le hace señas para que vuelva.

Ella mueve el dedo negándose. Está hablando por el celular.

—Andá a buscarla —le dice a Patricio.

—Dejala. Va a venir sola.

—Dejate de joder.

Orbietto se levanta y la va a buscar.

Algunas mujeres son implacables

—Hace mucho que no tengo noticias tuyas.

—Ya te dije que no me interesa verte.

Analía sostiene la puerta abierta.

—¿Vas a dejarme pasar?

—Estoy con gente.

—Entre Patricio y el gordo te calentaron la cabeza.

—La única que me calentó la cabeza fuiste vos.

—Yo te quiero mucho —dice Virginia.

—No vengas a llorar lágrimas de cocodrilo.

—Las cosas no son como vos creés.

—Callate y dejame en paz.

—Algún día vas a saber quién es realmente tu padre.

—Ya sé quién es cada uno.

Analía cierra la puerta.

Una chica con noticias

Golpea la puerta del despacho, la entreabre.

—Don Orbietto, ¿está presentable? ¿Puedo pasar?

—Pase. ¿Piensa que puedo estar en calzoncillos?

—Vayamos a lo que debe ver porque, como dice el refrán: «No hay peor ciego que el que no quiere trabajar».

—Supongamos que sea así el refrán.

—Pasemos al hecho que es de gran importancia para el pueblo argentino. Su amigo Lavardén recibió un mail.

—¿Usted lee el correo de Patricio?

—Por supuesto.

—Pero él le pone una clave. ¿La descifró?

Heidi abre el correo en la computadora de Orbietto.

—No es correcto leer el correo ajeno.

—Déjese de joder, el mail lo mandó la asesina.

Alguien envía un mail

Querido Patricio: Hace tiempo que no nos vemos, aunque, de alguna forma, hemos estado en contacto unos dos años y medio. Imagino que habrás descifrado el acróstico y sabrás que los atributos de Afrodita y la media luna no eran más que adornos para el arbolito. Me sentiría defraudada si no lo hiciste.

De casualidad, conocí a Analía.

Me dijo que tomaba clases de danza.

Le dije que me interesaba y me dio la dirección de la escuela. No me costó hacerme su amiga.

Es buena chica y muy sociable. Pensaba matarla. Cambié de idea cuando me contó quién era el padre y pasó a ser un buen vehículo para llegar a vos.

Estuve con vos. Te hice un desafío. Lo cumplí.

Quería que admiraran mi obra.

Vos y Orbietto eran los apropiados.

Te cuento que me resultó muy difícil conseguir a mujeres casadas con los apellidos apropiados y predispuestas a tener experiencias sexuales tan interesantes como las que propuse.

Solo dos de ellas habían tenido sexo con mujeres.

Las conseguí en los shopping y, algunas, tomando sus datos de internet.

La elección fue una sutileza dedicada a tu socio. Conozco la opinión del doctor Orbietto sobre la infidelidad femenina.

Espero que haya disfrutado con tantas infieles «castigadas».

En cuanto a *Blue Moon*:

La mencionaste como una las canciones preferidas por vos y tu socio y en esa versión.

Lo llamé varias veces. Contestaba la secretaria. Esperé el mes de feria. La secretaria estaría de vacaciones y Orbietto podía estar en el estudio. No paré de llamar hasta que respondió.

Encendí el grabador periodista y puse la canción. Sencillo.

Fue una forma de hacerte saber quién manda en el juego.

El día de nuestra cita, te mentí en todo. También en la edad. Tenía dieciséis, ¿o quince?

Luz es un bonito seudónimo, ¿o debo decir alias?

Me inspiré en el diablo.

Antes de la caída, era el arcángel Luzbel. También me inspiré en la bella historia de Afrodita que me contaste. «Una Venus en el estudio», dijiste.

El sexo con vos no fue gran cosa. Sos un poco reprimido.

El sexo no era lo que me importaba, sino darme a conocer y hacer el desafío.

Espero que me hagas hermosa en el identikit.

Claro, ya no tengo el mismo aspecto.

Es posible que vuelvas a tener noticias de mí.

Tal vez, todo acabó. Tal vez, no. Yo lo decido.

Dale mis saludos al doctor Orbietto y a tu hermosa hija.

Para vos, muchos besitos. Tu Bella Luz.

Algunos comentan las noticias

—Una diosa —dice Orbietto.

—Si la agarran, seguro que usted la defiende gratis.

—Ni lo dude. Es única en la historia del crimen. Una genia.

—Una pendeja de quince o dieciséis que lo dio vuelta al prestigioso Patricio Lavardén. Es difícil de creer. ¿No le parece?

—Esa chica no significó nada para Patricio. Lo provocó y respondió como hombre. Fue un momento y nada más.

—Un momento puede ser efímero o eterno.

—Usted es muy inteligente.

—¿Yo? Si me sacude la cabeza escucha toc-toc. Son las dos neuronas chocando entre ellas.

—Usted es una persona muy especial. Luz es una genia criminal y usted fue la única que entendió todo lo que hizo. Usted sabe cómo piensa la asesina.

—¿Cómo piensa Luz? Sí. Tiene razón. Sé cómo piensa.

Es difícil entender a las chicas que son un poco excéntricas

Yafa tiene los dedos de los pies separados por trocitos de papel. Pinta sus uñas, cada una de un color diferente.

Hizo lo mismo con las uñas de las manos. Tiene auriculares puestos y escucha a Amy Winehouse cantando *Stronger than me*.

Termina de pintarse.

Con el esmalte, hace un signo de interrogación abierto sobre un pie y en el otro, el signo cerrado.

—Cada cosa significa algo. Cada palabra significa algo. ¿Qué significan en realidad? ¿Será como lo creen? ¿Entienden lo que pasa? —dice, sacándose los auriculares.

Algunos hablan de una chica

—Estás jugando como principiante. Hacés una mala movida y seguís con otra peor —dice Orbietto.

Juegan ajedrez. Están en la casa de Patricio.

—Todavía estoy impactado por Luz y el mail. Me pregunto: ¿cómo supo que me había acordado de ella? El mail lo mandó en el momento justo.

—Así es. Por eso es una genia. Calculó con precisión el tiempo que demoraríamos en desentrañar toda la trama.

—¿Habremos revisado bien el estudio?

—Parece que no me conocieras. Después que terminamos nosotros, me pasé cinco días revisando. Como habrás visto, cambié la alfombra porque levanté la vieja para ver abajo y hasta si había maderas del piso movidas.

—¿Te habías puesto los anteojos?

—Por supuesto.

Patricio lo mira sonriendo.

Orbietto se da cuenta y dice:

—Encima que me la pasé tomando aspirinas por el dolor de cintura, tengo que aguantar que me cargués.

—Tenés que reconocer que es muy raro, rarísimo lo que pasó con el mail. Con la música, puede ser casualidad, pero el mail llegó justo.

—¿En tu novela, escribiste algo sobre Luz?

Patricio piensa unos segundos.

—Sabés que sí, aunque con otro nombre.

—Listo el carpincho, como decimos en el campo. Es obvio que jaqueó tu computadora.

—Estuve medio boludo. No me acordé que había escrito sobre la chica. Sacó fácil que escribía de nuestro encuentro.

—Medio boludo, no. Boludo total. Encima, me ponés a pensar cómo hizo para mandar el mail en el momento justo.

—Cuando vuelva esta mocosa impertinente, la voy a mandar a comprar otra computadora. Y, también, le pienso parar el carro con eso de andar revisando lo que escribo. Cambio la contraseña y entra igual. Se la pasa mirando el correo y el chat para ver si no ando con otra.

—Cuando precise alguna cosa de vos, le pienso pedir a Margarita que entre en tu computadora y me dé la información, así no te hago perder el tiempo.

—Lo que me falta es que hasta Margarita me jaqueé.

1 — Algunos tratan de cazar con un lazo

Heidi volvió hace unos minutos. Dijo:

—Lo veo bien, don Orbietto. Parece feliz, aunque no agarre a su asesina preferida.

Siguió hasta el dormitorio, sin mirar a Patricio.

Orbietto dice:

—Llamala.

—Llamala vos. Pasó sin mirarme.

—Heidi, ¿puede venir un momento?

Heidi aparece descalza y con las zapatillas en la mano. Volvió para cambiárselas.

—Usted dirá, don Orbietto.

—Queremos hacerte unas preguntas.

—Si es usted el que quiere preguntar, estoy bien dispuesta. Me permito opinar que nunca van a atrapar a la asesina. Ustedes dicen que es una asesina perfecta. Ustedes son hombres imperfectos. Lo perfecto siempre se impone a lo imperfecto.

Heidi se pone las zapatillas, ata los cordones.

—Interesante pensamiento. Es sobre su amiga Yafa.

—No es la asesina. Fin.

—¿Podés contestar lo que queremos preguntar?

—Doctor Lavardén, ya respondí. Yafa no es Luz.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque Luz soy yo.

2 — Algunos tratan de cazar con un lazo.

—Mirá cómo contesta esta mocosa.

—Defiende a la amiga. Y bien que hace. Es derecha.

—Encima, se hace la enculada conmigo.

—Es celosa. Lo de Luz y vos no le gustó nada.

Patricio respira hondo.

—Me parece mejor que hablemos directamente con Yafa.

—Mate.

—¿Eh?

—Jaque mate, dicen en las películas. No hicimos ni veinte movidas. Caíste en una celada para principiantes.

—Me quedé pensando en Yafa. Cuando la conocí, tuve la sensación de haberla visto en algún lado.

—Así es otra cosa. ¿Le encontrás algún parecido con Luz?

—Me gustaría hablar con ella. Podría ser. Para acercarse a mí, usó a Analía y ahora usa a Heidi.

—Tiene lógica.

Algunos andan haciendo averiguaciones

—¿Investigaste a Ivana Lencina y a Yafa?

—Ivana tuvo un incidente con un novio que se quiso suicidar. La madre del chico le echó la culpa. Ella no tenía ninguna responsabilidad. Antes de entrar a la librería, trabajó en una zapatería. La echaron. La mujer del dueño la cacheteó. A la muchacha le gustan los patrones. No pudo haber matado a alguien. Estaba trabajando a la hora de siete de los crímenes.

—¿Yafa?

—No hay nada sobre ella. Como si hubiera nacido ayer.

1 – Los hombres que usan traje y corbata no van con el rock

—Tendríamos que haberle dicho a Heidi.

—No le voy a dar cuenta de mis actos. ¿Tengo que llamarla y avisarle? Primero que venga a pedirme perdón. Salió, no me dijo dónde y ni me saludó

—Desde que se sentó sola en el restorán, se te retobó y empeoró con lo de Luz.

—Dejate de embromar y tocá el timbre.

Orbietto lo toca.

—¿Quién es el que con insegura mano toca a mi puerta?

Pregunta Yafa por el portero eléctrico.

—Soy Patricio Lavardén. Estoy con Eugenio Orbietto.

—Empujen la puerta en dirección opuesta a vuestros cuerpos.

Orbietto dice:

—Y sí, no hay duda de que es amiga de Heidi.

Patricio resopla.

Sin hablar, suben en el ascensor.

—Qué bueno que me visiten. Si me hubieran avisado, habría preparado un locro.

En el departamento hay brazos, piernas, torsos y cabezas de maniquís. Varios están cubiertos por sábanas.

—Tengo té, café, mate, cerveza, vino y agua. ¿Qué les doy?

—Café está bien —dice Patricio.

Yafa va a la cocina.

—A este sitio le faltan las fotos de las víctimas en las paredes. Los maniquís son tétricos —dice Patricio.

Orbietto levanta las cejas.

2 – Los hombres que usan traje y corbata no van con el rock

—Rico el café. Tiene un gustito particular —dice Orbietto.

—El arsénico —dice Yafa.

Orbietto sonríe de mala gana. Huele el café y lo deja encima de un barril que sirve como mesa.

—Me gustaría hacerte una pregunta —dice Patricio.

—Dale.

—¿Por qué decís que sos judía si no lo sos?

—Antes, decía que era musulmana. Después del atentado a las torres, me hice judía.

—¿Por qué?

—Porque se me da la gana.

—¿Tenés padre? —pregunta Orbietto.

—¿Padre Celestial o padre terrestre?

—Terrestre —dice Patricio.

—Claro. Madre también. Como cualquier mamífero.

—¿Te ves con tu familia? —pregunta Patricio.

—Sobre todo cuando tengo ganas de comer bien. A ustedes les pasa lo mismo.

—Ya no comemos con nuestros padres. Se han ido a un viaje sin regreso —dice Orbietto.

—Sentido pésame. Pero no se los digo por sus padres, sino por los míos. Ustedes los llaman casi todos los días.

—¿Nosotros? —dice Patricio.

—Antes llamabas vos, ahora Heidi.

—Perdone, Yafa, pero no entiendo —dice Orbietto.

—Usted es de muy buen comer. Heidi siempre pide que sus porciones sean dobles. Mis viejos dicen que somos hermanitas. Debe ser por lo locas.

—A ver si aclaramos, ¿porciones de qué? —dice Patricio.

Está completamente perdido en la conversación.

—De comida. Vos no tenés ni idea de quién soy. No me reconociste. Creí que Heidi te había contado toda la historia. Claro, si digo que soy judía y mi viejo rabino, ni cagándola a palos me desmentiría ni andaría hablando del restorán.

—¿Qué restorán?

—El de mi viejo. El que está a la otra cuadra de donde vivís. Casi todos los días comen la comida de Zrack.

—¿Zrack es de tu papá?

—Sí. Heidi te llevó. Usted también fue.

—¿Luca Barracci es tu papá? —le pregunta Patricio.

—Y yo soy Carola Barracci. Salí distinta a mis hermanos. Mi hermano Hugo me tiró un jamón por la cabeza. Mi viejo me dejó pintar un mural en el restorán antes de la inauguración. Cuando

lo vio, me sacó cagando y lo hizo tapar de pintura. Me dijo que estaba loca de pintar a un grupo de chicos flaquitos, desnutridos, buscando comida en la basura. No me gusta ser cocinera ni estudiar arquitectura. Mis viejos y mis hermanos están emperrados en que trabaje en el negocio familiar. Quiero ser artista plástica. Dicen que me voy a cagar de hambre y que me falla la cabeza por cómo me visto o lo que hago. Por lo que pueden apreciar, ¿les parece que me falla?

—Para nada —dice Orbietto y se toma el café tranquilo.

3 – Los hombres que usan traje y corbata no van con el rock

—No habrán venido para preguntarme si soy judía.

—Ya le diremos. Nos llamaron la atención los maniquís.

—A esos los tengo que armar. Los compro rotos porque son más baratos. Voy a hacer una exposición.

—Interesante. Cuéntenos de qué se trata —dice Orbietto.

—Les muestro.

Yafa le quita la sábana a un maniquí. Está pintado de gris oscuro. Excepto los extremos de los dedos de manos y pies, que simulan uñas pintadas, cada una, de un color diferente.

—El hombre tiene una multitud de opciones para vivir. En los maniquís, las uñas de las manos y los pies tienen diferentes colores. Las de las manos simbolizan las múltiples opciones que

puede tomar. La de los pies, los diversos caminos a recorrer. La mayoría de los hombres elige una vida copiada de otras vidas, tan mediocre como las demás. La obra simboliza la contradicción de tomar las opciones o construirse como un ser gris.

Yafa quita la sábana de otro maniquí.

—Este muestra otro aspecto de la condición humana: en el estómago, una manzana, símbolo del alimento, de lo material; en la frente, una flor marchita, símbolo del ideal perdido; en el cuello, un collar, ¿símbolo de riqueza, de poder? ¿O es un collar de perro al que alguien lleva por donde quiere? En los ojos, dos cruces cubriéndolos; simbolizando lo que no se quiere ver: todos esos desamparados que, enfermos de faltarles amor y esperanzas, deambulan por las calles.

—Usted nació para ser artista. Su arte es profundo. ¿Cuándo es la exposición? —dice Orbietto.

—No sé. Por ahí, un domingo consigo juntar guita con las artesanías que vendo, me alquilo una camioneta y llevo los maniquís al Parque Rivadavia. Me van a sacar rajando, pero por un rato, alguno echará una mirada. Así puedo ir de plaza en plaza hasta que a alguno le guste un maniquí. Entonces, se lo regalo.

Algunos parecen demasiado normales

—Vos sos un animal. ¿Cómo pudiste echar sospechas sobre una bella persona como esta?

—Te sorprendió tanto como a mí. Recién cuando dijo que el padre era el dueño de Zrack, me di cuenta de dónde la conocía. Una noche fuimos a comer y ella estaba atrás del mostrador. Nos saludó con la mano, pero apenas la vi y de lejos. Heidi habló con ella. No le di pelota. ¿Cómo iba a imaginar que era la hija de un empresario que tiene una cadena de restoranes?

—Sos una bestia bruta. Lo que dijo fue maravilloso. Esa es un alma llena de pureza. No como la tuya.

—Sí. Fue profundo y comprometido. Lindo pensar en hacer arte y compartirlo sin interés económico. Hasta poético.

—Apurate, abrí el baúl.

Patricio saca las llaves del coche.

Orbietto espera sosteniendo el maniquí.

Hay chicas que nunca dudan

—Ya me hinchó los huevos el Lavardén. Te vino a ver y no me dijo nada. Es un repelotudo.

—Tenías razón, el gordo es macanudo. Él se mantiene intacto: un echado para atrás, un chetazo.

Heidi se tira en la cama de Yafa.

—Está muy jodida la cosa, no me lo banco más —dice.

—Hay que tener estómago para comerse un alto garca como ese. Busco el mate y vemos si hacés la digestión.

—A Lavardén se le ocurrió que eras la asesina.

—Me di cuenta.

—Cuando me enteré, lo mandé a la mierda.

—¿Está del tomate que piensa en mí como la asesina?

—Habla al pedo, piensa al pedo y vive al pedo. Por lo tanto, es un pedo.

Las dos se ríen a carcajadas.

1 – Una chica que piensa lo que otros no piensan

—Disculpe, don Orbietto. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, pase, Heidi.

Están en el estudio.

—Me gustaría hacer un comentario sobre las fotos.

—¿Qué fotos? —pregunta.

—Las de la escena del crimen de Cugi —dice Heidi.

—Esas fotos están en mi computadora.

—Nunca le faltaría el respeto violando su intimidad. Abrí el archivo en la computadora de Patricio.

—Él pone claves y las cambia seguido. ¿Se las dio?

—No.

—¿Y cómo entró para ver los archivos?

—Piense en cualquier situación. Por ejemplo, un incendio. ¿Cuántas reacciones puede tener un hombre en un incendio? Le apuesto que no encuentra más de catorce, en el caso que elija. Con las claves es lo mismo.

—Muy interesante. Bien, ¿y que vio en las fotos?

—El perro hizo pis.

2 – Una chica que piensa lo que otros no piensan

—Puede aclarar.

—Usted sabe que el perro llamado Lalo tiene, al día de hoy, menos de cinco meses. ¿Qué perro de esa edad aguanta cinco horas sin orinar?

—Ninguno.

—Si Juliana siempre lo tuvo en brazos, ¿Lalo la meó encima? Si lo soltó para que meara, ¿dónde están las meadas? No se ve ninguna en el baño. Pudo haber meado en la bañadera. Sí, pero resulta que en el pasillo, junto a la puerta del dormitorio, hay una mancha. Es una meadita de cachorrito.

—¿Entonces?

—¿Juliana tuvo cuidado de no pisar la meada mientras el asesino la corría? ¿El asesino tuvo la delicadeza de no pisarla para no ensuciarse las patas?

3 – Una chica que piensa lo que otros no piensan

Orbietto abre el archivo. Mira la foto. La agranda.

—¡Qué la tiro! Tiene razón, Juliana y el asesino no pueden haber pasado sin pisar el pis. Si no es pis, da igual. Hay un charco que no pisaron

—Es un pis de perro. A los forenses les pareció normal con un cachorro en la casa.

—¿Entonces?

—Juliana los asesinó.

Hay uno que quiere y otro que tira piedras

—Juliana no es Luz. No coincide la estatura ni la forma de la cara —dice Patricio.

—Por supuesto que no es Luz —dice Orbietto.

Llamó a Patricio y están en el estudio.

—Querés decir que no fue Fiorito el imitador de Luz, sino que Juliana es la imitadora.

—Eso mismo. Juliana se levantó a Fiorito por ser soltero, vivir solo, casi no tener amigos y buscar mujeres en internet y en la línea de fono encuentros. Lo tenía calentito y lo llevó a su casa diciendo que el marido se había ido de viaje y quería realizar una fantasía sexual.

—Lo contrario de lo que Juliana dijo.

—Sí, señor. Fueron al dormitorio. Se desnudaron. Le dijo que quería tener sexo por toda la casa. Fueron al living. Ella buscó una mermelada para untarse el cuerpo y que él la lamiera. Le pidió que no mirara. Él se puso de espaldas. Ella tomó un cuchillo. Lo hizo girar. Le clavó el cuchillo en el cuello. Fue mortal. De casualidad, le acertó a la carótida.

—¿Por qué se tenía que untar con mermelada?

—¿Con qué querés que se unte? ¿Con queso roquefort?

—Muy gracioso. Me parece ver por detrás de esto, la mano de tu protegida Heidi. ¿Decime cómo explicás por qué había sangre de Fiorito en el cuerpo de Cugi y de Fiorito en Cugi?

—Cada cosa tiene una explicación.

Orbiettó hace lo habitual: apaga un cigarrillo y enciende otro.

—Usó dos esponjas. Una para cada cuerpo. La apoyó recogiendo sangre de uno y la depositó en el otro.

—Muy imaginativa la explicación.

—Continúo. Cugi llegó alrededor de las dos de la tarde. Ella sabía que regresaría a esa hora. Era un tipo puntual. Contaba con esa puntualidad para que todo saliera según lo planeó.

—Bien, bien.

—Cugi quiso entrar por la puerta principal y la encontró cerrada por dentro. Tocó el timbre. Juliana no le abrió. Fue por la puerta de servicio. Entró a la cocina y ella lo acuchilló por la espalda. La primera puñalada, en el pulmón. La segunda, en el hombro, indica que él giró hacia ella. La tercera, en el estómago fue mortal. Cuando cayó al piso, lo degolló. Limpió sus propias huellas digitales en los cuchillos y dejó las de ellos haciendo que los tocaran. Para que no hubiera sangre en su ropa, todo el tiempo estuvo desnuda. Se bañó. Se secó. Guardó la toalla donde no la buscarían: donde estaban las toallas secas. Por supuesto que la lavó bien, pero igual puede aparecer ADN.

—Alguna posibilidad hay.

—Estos dos crímenes fueron hechos por una principiante. Las puñaladas no fueron hechas con la maestría de la asesina.. Los peritos tienen que analizar a fondo las heridas. Ver la herida de Fiorito y comprobar si el ángulo de la puñalada coincide con una

que tuvo que haberse hecho de abajo hacia arriba, ya que Cugi estaba caído. Y está el pis del perro, con lo que sobra para apurarla en un interrogatorio.

—Si fuera así, ella pidió que la defendieras porque sabía de tu historial como penalista. De tarada no tiene nada.

—Más bien que no. Lo hizo por la guita. Quería quedarse con la casa, el local, todo. Juliana es la clase de mujer que elige marido por la billetera. Después de los crímenes, se mandó la parte de esposa engañada, dolida y confundida.

—Por lo tanto, Fiorito es un pobre tipo.

—Juliana aprovechó los crímenes de las mujeres para hacerlo pasar por el asesino. Ella quedó como víctima y es la victimaria. Pudo haber sido un buen crimen. La jodió el perro.

Patricio sonríe.

Orbietto dice:

—La mujer policía le tapó la cabeza al salir. Juliana no vio la meada. Se metió sola en el baño, más o menos, una hora antes de que llegaran los padrinos con la nena. Ya se había quitado la sangre. El perro empezó a aullar y rasguñar la puerta. Lo hizo entrar. El perro había meado cerca de la puerta del baño, justo en la entrada al dormitorio principal. A Juliana se le pasó. Y fue su gran error.

—Todo es posible, pero cualquier abogado destroza lo que vos tomás como pruebas irrefutables. ¿Dónde está la esponja para pasar la sangre de un cuerpo a otro? En la toalla que guardó

limpia, según decís, ningún laboratorio del país va a encontrar ADN. Esa clase de estudios se envían al FBI. Y el resultado puede durar de cinco a diez años. Mínimo. Si es que te lo dan. Los casos que les importan son los de ellos, no los argentinos. Y el pis del perro. Juliana estaba confundida. Entró sola al baño. El perro orinó, lloriqueó, ella se apiadó, abrió la puerta, lo metió en el baño. La culpable queda como una heroína. Todos los amantes de los perros la van a felicitar. Con muchas más pruebas y muy contundentes, otros asesinos quedaron en libertad.

—Eso es cierto.

—Tan cierto que la justicia cerró el caso. Fiorito quedó como el asesino y Juliana anda por ahí, contenta y feliz.

—Tenemos que demostrar que ella es la culpable.

Patricio suspira y dice:

—Todo lo que dijiste son conjeturas. Decile a Margarita o a tu asesora Heidi que traiga café.

A veces el vaso se llena demasiado y el agua se desborda

Margarita llevó los cafés. Orbietto llamó a Heidi y le contó lo que habló con Patricio.

Heidi escuchó en silencio.

Ahora, dice:

—Este asunto me hace acordar cuando era chica y encontré a mi abuelito acostado bajo un árbol. Le dije: «Abuelito, dime tú, ¿qué haces aquí?» Acariciando mis dorados cabellos, dijo: «Espero que la comadreja que se come las gallinas caiga en la trampera». Con mi dulce e inocente voz, le pregunté: «Abuelito, dime tú, ¿cuándo caerá la comadreja en la trampera?» Mesando su larga barba blanca, bebió un trago de cerveza con un sorbete, y respondió: «Adorable nietita, ¿puedes decirme cuántos granos de arroz hay en un kilo?» Abriendo y cerrando, rápida y repetidamente, mis largas pestañas, respondí: «No, abuelito, no lo sé». Entrecerrando sus gastados ojos azules, dijo: «Pues ve y cuéntalos. Todo lo que necesitas es tiempo y paciencia».

—Inteligente su abuelito —dice Orbietto.

—Para la comadreja había una trampera. En este caso, ¿cuál sería? —pregunta Patricio.

—A lo mejor, la trampera ya está puesta. Es cuestión de que caiga la comadreja. Tenga paciencia, doctor Lavardén.

Abre la puerta y se va.

Algunos se muestran decididos

Orbietto toma el teléfono.

—¿A quién vas a llamar?

—A Bogo. Le voy a decir que mañana presento ante el juez mi renuncia a la defensa de Juliana. Y vos le contás la teoría de que te conté. Yo no puedo hacerlo, por ética. Como sabés.

—Ya me escuchaste. Esas pruebas son de manteca.

—Es lo que hay. Si no querés decírselo a Bogo, busco a otro.

Patricio lo mira sorprendido.

Orbietto lo mira fijo a los ojos.

Patricio asiente con la cabeza.

—Está bien. Lo voy a informar.

Orbietto lo sigue mirando a los ojos.

Mueve la cabeza, dándose por conforme.

Marca el número del fiscal.

Una chica se ocupa de su mudanza

—Justo ahora, me venís rebién. Dejo de hablar sola y podemos estar más tiempo juntas.

—Esperamos un poco y nos mudamos a otro lado.

—Dale.

—Andá a calentar el agua para el mate.

—¿Lavardén qué dijo?

—Me paso por la argolla lo que diga. Todavía no se enteró de que me llevé toda mi ropa.

—Capaz que viene a buscarte.

—Es un soberbio. No lo va a hacer. Y si lo hiciera, lo mando a cagar otra vez.

—Me tenés que contar qué pasó.

—Vos traé el mate y te cuento.

Yafa va a la cocina. Heidi revolea las zapatillas y, en patas, se para delante de un cuadro.

—Che, este está muy bueno —dice.

—Esa sos vos —le contesta Yafa desde la cocina.

Hay quienes no miran el arco iris

El anochecer es un poco frío. Es otoño.

—Sigue muy cruzada con vos. ¿Qué le hiciste?

—Heidi pertenece a una clase de chica que pasa de un tipo a otro sin hacerse problema.

—Ella no es así.

—La conozco bien, Eugenio. Vos siempre fuiste crédulo. Se las tomó, mejor. Ya me tenía harto. Lo único que le importa es el sexo y boludear el resto del tiempo.

—Heidi siempre se ganó su propio dinero. Y nunca me pareció un tiro al aire ni algo parecido. Creo que tuviste el arco iris delante tuyo y no lo viste.

1 – Hay mujeres que son como el rocío y otras como el granizo

—Doctor, llegó la señora Cugi —dice Margarita.

—Dígale que espere un momento. Páseme con Heidi.

—Ya lo comunico, doctor.

Heidi demora en responder.

—Don Orbietto, déjese de hinchar con llamarme por el aparato. Golpeé la pared o pegue un grito.

—Venga para acá.

—No puedo. Estoy pintando.

—Después sigue decorando su oficina. Está Juliana Cugi.

—Salúdela de mi parte.

—Quiero que la conozca y en adelante sea el nexo con ella.

—¿Por qué no avisa con tres días de anticipación?

—Heidi, venga.

—Limpio los pinceles, me corto las uñas de los pieses, tomo unos mates y voy para allá..

—La necesito ya. La señora Cugi está muy deprimida.

—Me lo hubiera dicho desde el principio. Si es por una causa de solidaridad humana, salgo para aquel lado.

Orbietto se acomoda la corbata.

—Margarita, haga pasar a la señora Cugi.

Juliana luce elegante con un vestido beige. Lleva el cabello recogido atrás de la nuca. Se sienta cruzando las piernas. Acepta el cigarrillo y el café que le ofrece Orbietto.

—El doctor Fauver me dice que la sucesión va a salir rápido. Las circunstancias ayudan. En los primeros días de mayo estará terminada. Tiene que firmar estos papeles.

—Quisiera recuperar mi vida y la de mi hija cuanto antes.

—La entiendo. Tenga un poco de paciencia.

Margarita entra y les sirve café. Al salir, se cruza con Heidi.

—No cerrés que voy entrando. Perdón, buenas tardes.

Heidi tiene puesto un jean cortado a la altura de las rodillas; una remera vieja manchada de pintura, zapatillas sin cordones y el pelo atado con una gomita encima de la coronilla.

Sin darle la mano, se sienta junto a Juliana.

Orbietto la mira sorprendido. No esperaba verla vestida así.

—Dale, terminá de firmar tranqui —dice Heidi

2 – Hay mujeres que son como el rocío y otras como el granizo

—Le presento a la doctora Heidi Brunner. Es nuestra principal investigadora y la más brillante del país.

—En mi casa siempre ando como estás vos. Para ser sincera, en estos días no tengo ganas ni de vestirme.

—Te agarraste flor de cagazo.

—No es para menos —interviene Orbietto.

—Es mi culpa —Juliana comienza a llorar.

—Tranquila. Ya pasó todo —la calma Orbietto.

—Con lo del perrito, me compraste. ¿Cómo se llama?

—Le pusieron Lalo. Pobre perro

—¿De qué raza es?

—Mini maltés.

—Divino. Esos perritos parecen muñequitos.

Juliana echa una cucharada de azúcar al café.

—Todavía llevás el anillo de casamiento. El de esta mano es muy lindo —Heidi le toma la mano.

Juliana revuelve lentamente el café.

—¿Querés venir a pintar?

—¿Me decís en serio?

—Por ahí, pintando se te pasan esas ideas destructivas.

—¿Destructivas? —dice Juliana arrugando el entrecejo.

—Sí. ¿Preferís que diga autodestructivas? Parece que te sintieras culpable de algo. ¿Venís?

—Gracias. Estoy con poco ánimo desde lo que pasó.

—Te entiendo. No cualquiera se carga al marido y al amante.

—¿Se carga? No te entiendo.

—Viví en Dinamarca y, a veces, uso modismos daneses. Es como decir que se pierde a un ser querido. Bueno, te dejo.

Cuando se quedan solos, Juliana dice:

—La doctora parece ser un poco rara.

1 – Una chica a la que le pasaron cosas

—Muy colorido el ambiente. El techo color violeta, qué lindo.

—Es lila.

Heidi está subida a una escalera pintando la pared.

—No sé si se dio cuenta, pero la está pintando de amarillo y a la otra pared la pintó de violeta.

—Sí, una es malva y la otra amarillo choclo.

—Precioso. El resto, ¿de qué color, por curiosidad?

—Puerta y marcos, blanco roto; las paredes que faltan son chicas y van en lila, como el techo.

—Lindísimo.

—Termino acá y, con Yafa, le pintamos su oficina.

—No, gracias. Dígame, ¿qué impresión le causó Juliana Cugi?

Orbietto se sirve un mate.

—Mi cabeza da para una cosa por vez. Estoy pintando, no puedo pensar en otra cosa al mismo tiempo.

—¿Y si deja de pintar y piensa en Juliana?

—Es imposible interrumpir la inspiración artística. Y usted, no sea chanta. Me presentó como doctora? No me gusta que pongan títulos a mi persona. Mi vida es muy interesante sin necesidad de diplomas.

—Tiene razón. La presenté así porque usted es muy competitiva y Juliana estaba muy bien vestida.

—¿Quiere decir que soy una crota?

—Para nada. Mire, no me haga meter en un berenjenal. Tiene razón que estuve medio chanta presentándola como doctora.

—Soy doctora, pero no quiero que me traten por los títulos, sino por mí como ser humano y parte de la humanidad.

—Así que es doctora. ¿Y qué estudió?

—Leyes y criminología.

—No me diga. ¿Y dónde estudió?

—Por ahí.

—Puede ser más concreta, ¿o no sabe qué decir?

—En Columbia y Maryland.

—Nada menos. Debe hablar muy bien el inglés.

—Como para que entienda un cordobés radicado en Texas. Viví muchos años en Estados Unidos.

—No me diga. Recién dijo que vivió en Dinamarca. A usted le desconfío. Para ser más creíble, podría haber buscado unas universidades de por acá.

—¿Desconfía de mi palabra? ¿Cuándo me escuchó diciendo una mentira?

—¿Dónde tiene los diplomas?

—Enrollados en el placard de la casa de Yafa.

—Usted es muy bolacera. Voy a decirle a Margarita que averigüe por internet en las universidades. Si me mintió, la despido.

—Y si es verdad, me paga el triple.

—Me desagradan las apuestas por dinero.

—No sea cagón, don Orbietto.

Heidi se ríe. Orbietto también.

—Y averigüe usted. Me enojaría mucho si mete a Margarita. Lo va a saber usted solo. Júreme que no le va a contar a Lavardén.

—Quédese tranquila, yo voy a averiguar y le juro que no le voy a contar a Patricio su prontuario.

—Búrlese porque soy mujer, si fuera hombre me respetaría.

—No diga macanas. ¿Qué quiere que piense después que me hizo entrar con la triste historia de su vida como niña de la calle? A las pruebas me remito. Solo creo en lo que veo. Ya vuelvo.

—Oiga, no se lleve el mate.

Orbietto lo termina de una chupada y lo deja en el escritorio.

—¡Ey, por lo menos cebe uno antes de irse!

2 – Una chica a la que le pasaron cosas

Heidi sigue pintando. Tiene la cara manchada de pintura.

Orbietto entra casi corriendo.

—Oiga. Era verdad. Es abogada recibida en Columbia y tiene un doctorado en Maryland.

—Las personas valen por lo que son, no por los títulos que tienen ni por los bienes que poseen.

—Estoy de acuerdo. Pero Patricio ignora todo esto. ¿Por qué tanto misterio?

—Mi vida está llena de misterios, don Orbietto.

—Nunca se me ocurrió que había estudiado en la universidad y que fuera una estudiante diplomada con honores.

—¿Se le ocurrió que toco el contrabajo?

—¿Toca el contrabajo?

—No.

—Le va a resultar imposible llevarme para los andurriales.

—¿Qué vendrían a ser los andurriales?

—¿Por qué desperdiciar su talento en un video club?

—Talento no tengo y me pagué los estudios con lo que recibí de los seguros de vida y la beca. Mis viejos no tenían ni casa propia. No iba a ser una zangana viviendo de mi tía. Tenía que pagar un alquiler y comer. Recién llegaba a Argentina, pasé por el video, vi un cartelito pidiendo empleada y entré. Además, no rivalidé el título.

—Fue a las mejores universidades, ganó una de las becas más importantes del mundo. No la entiendo. ¿Para qué estudió?

Heidi se acomoda el gorro de papel que se puso en la cabeza para proteger el pelo de la pintura y le dice:

—Cosas de una, ¿vio?

Orbietto nota que cambió el tono de voz.

De pronto, ella dice:

—Mi papá y mi mamá no murieron en un accidente.

—¿Cómo murieron?

—Los mataron.

Heidi hace una pausa. Con otro tono de voz, dice:

—A lo mejor, se acuerda del caso. Mi papá era el ingeniero Brunner y mi mamá, la fiscal en el caso Contur.

Orbietto demora en reaccionar. Como si estuviera viendo aterrizar a una nave extraterrestre, le pregunta:

—¿Usted es la hija de la doctora Heredia?

Ella le responde afirmando con la cabeza.

Da varias pinceladas. Sin detenerse, dice:

—Pensé que podía agarrarlos a esos tipos. Mire si seré boluda. Mi tía tenía miedo de que me pasara algo porque me puse a investigar el caso. Terminé la secundaria y me fui a Estados Unidos. Viví con gente amiga de una familia a la que quiero mucho.

—Conocí a su mamá. Una mujer extraordinaria. No sé cómo no me di cuenta del parecido. Usted tiene el mismo color de pelo y los mismos ojos. Ese caso lo investigamos. Estaba todo cerrado. Gente muy importante puso mucha plata para hacer desaparecer todas las pruebas del crimen. Tejieron una telaraña que no se pudo atravesar. El caso de la fiscal Heredia es la vergüenza más grande de la historia judicial argentina.

—Sí. Bueno. Nada más, don Orbietto. Me podrí de pintar. Mañana sigo. Me voy a comprar bizcochos para el mate. Y juró no contarle a Lavardén, no me defraude.

La ve bajar la escalera de un salto.

Tirar el gorro, salir del cuarto.

1 – Algunas chicas dicen cosas imprevistas

—Permiso, don Orbietto, tengo que hablar con usted.

—Venga, ya le dije que no pida permiso y entré sin llamar. Se la ve muy elegante hoy. Vi que terminó de pintar su oficina. La felicito. Creí que iba a hacer un mamarracho y quedó muy bien.

—Aprendí mucho con Yafa.

—Tampoco hace tanto que la conoce, así que hay mucho de su creatividad y talento.

—Tiene razón. La conozco hace poco. Desde los cinco años, en el jardín de infantes. Hicimos la primaria y la secundaria juntas. Cuando murieron mi papá y mi mamá, me fui a vivir a su casa. Mi tía era la tutora, pero trabajaba y me dejó quedarme con ellos. Por eso dicen que somos hermanas. Fuimos juntas a Estados Unidos. Yo a estudiar leyes y ella, bellas artes. Vivimos en casa de sus tíos, que tienen un restorán. Después, en departamentos temporarios. Así que tiene razón, el tango lo apoya: «Que veinte años no es nada», dicen Gardel y Lepera.

—Usted es como la galera de un mago. Todos los días, saca algo nuevo de su galera.

—Don Orbietto, lo que tengo que decirle es muy importante. Mucho más de lo que pueda imaginar. Créame que dudé en contarle, pero Yafa me dijo que usted era confiable, que era un hombre bueno y sensible. Y también me lo dijo alguien que lo conoce hace tiempo.

—Patricio.

—No justamente.

—Es muy serio lo que tengo para decirle. Cuando le cuente, va a entender que mi confianza en usted es absoluta.

—Heidi, hábleme como si fuera su… tío. Confíe.

Orbietto ya está impaciente y sabe que va a escuchar algo realmente importante.

—Por favor, trate de escuchar con calma. A cada cosa que le diga, le voy a mostrar la prueba.

—¿Se trata de los asesinatos de las esposas?

—Sí y no. Lo que está en juego es en quién va a creer.

—Empiece por explicarme.

Orbietto apaga el cigarrillo y enciende otro.

—Le pedí a Margarita que fuera a hacer unos trámites. Le dije que eran para usted. No quiero que nadie pueda escucharnos. A Margarita le pedí un cuaderno de hace diez años. Lea.

Orbietto abre el cuaderno.

—Son citas de clientes. Yo no estaba en el estudio en el 94. Todos estos clientes son de Patricio. Volví en el 97.

—Dieciocho, desde que empezó a trabajar. Antes que le diga la página que tiene que ver, quiero empezar a contarle.

—Le aseguro que me tiene con el traste a centímetros del asiento. Y perdone la expresión. Cuénteme de una vez.

Heidi lo mira a los ojos y dice:

—Yo soy Luz.

2 – Algunas chicas dicen cosas imprevistas

Orbietto se queda quieto. La mira a los ojos.

Heidi le sostiene la mirada.

¿Está haciendo una broma de las habituales en ella?

Reacciona y dice:

—¿Qué quiere decir?

—Mire esta página.

Orbietto lee el horario de una cita que Heidi le señala.

—No conozco a esta clienta.

—La inventé yo. Dije que mi mamá se sentía mal. La habían estafado. Margarita se acuerda de la chica que vino. Cuando la chica estaba por entrar al estudio de Lavardén, se indispuso. Se puso colorada y Margarita le dio una toallita íntima. Fue como lo cuenta Margarita. La chica no usaba una mini, sino una pollera de jeans. Campera, echarpe, un piercing, tatuajes en las manos; otro en el hombro. Estaban pintados por Yafa. Lo que dice Margarita, en quien usted confía, lo prueba.

Heidi vuelve a poner el dedo en el cuaderno.

Señala el horario

—La segunda prueba: la hora de comienzo de la cita y la hora del final de la cita,

Orbietto está inmóvil, en completo silencio. Ni siquiera se le ocurre encender otro cigarrillo.

Sigue mirando el horario de la cita.

—¿Entiende que soy Luz? ¿Entiende que Luz nunca existió más que por un rato?

Orbietto tiene marcado un gesto de preocupación en la cara.

—Luz, o sea yo, vine a ver a Lavardén el miércoles 15 de junio de 1994, a las 18.30 horas. Luz se fue a las 19.20 y Margarita, como todos los días, puntualmente, a las 19.30.

Todo el tiempo habla mirándolo directamente a la cara.

—¿Usted cree que una chica de quince años, virgen, pondría las piernas abiertas sobre el escritorio para mostrar la vagina, estando indispuesta? Luz se fue antes que Margarita. No hubo sexo. Antes de irme, le dije a Lavardén que pensábamos radicarnos en España con mi mamá. Recordó eso. Creyó que ya no estaba en el país y Luz le sirvió.

Orbietto se echa para atrás en el sillón.

Está pálido.

—Usted decide, sigo o me callo. Me echa o me quedo. Tiene que decidir si cree en lo que tiene delante de los ojos o en lo que Lavardén le contó.

Orbietto respira hondo.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Sé lo que esto significa.

—¿Entonces?

—Cuénteme todo. No se olvide de ningún detalle. Creo todo lo que me dijo. Me parte el alma. Pero sé que tiene razón.

—Gracias, don Orbietto.

3 – Algunas chicas dicen cosas imprevistas

—Entre las notas de mi mamá, aparecía el nombre de Miguel Lavardén, el padre de su amigo, como vinculado a Contur. Pero se murió en el 93. Necesitaba la punta del ovillo. Pensé que el hijo podía estar implicado. Como le hizo decir a la Luz que escribió el mail: me anoté en las clases de danzas para acercarme a Analía que, dicho sea de paso, al volver a verme tampoco me reconoció. Pensé que si me hacía su amiga podría ir a su casa, ganarme su confianza y averiguar alguna cosa. En ese tiempo, estaba muy influenciada por las novelas y películas policiales. Días después de mi cita con él, tuve pruebas de que Miguel Lavardén solo tuvo un contacto circunstancial con la empresa. Entonces, hice desaparecer a Luz.

Heidi se detiene. Mira la cara desencajada de Orbietto.

Respira hondo y sigue:

—En mi encuentro con Lavardén, no lo vi como hombre. Yo tenía quince y él unos cuarenta. Me pareció un viejo. El año pasado, lo encontré en una conferencia. Se acercó, me habló, me invitó a tomar un café. No me reconoció. Yo tenía diez años más y dejé de verlo como un viejo. Me pareció un hombre muy interesante y me enamoré de él. ¿Qué quiere que le diga?

Orbietto tiene los labios apretados. Escucha:

—Yo vivía sola y él me pidio que me mudara a su casa. Me puse contenta. Creí que yo significaba algo importante en su

vida.Con el tiempo, me di cuenta de que yo le gustaba, pero no sentía nada por mí. Me estaba usando para tomarse revancha de su ex mujer. Una especie de florearse diciendo: «Mirá la pendeja que tengo».

Orbietto no abre la boca. Le prometió escucharla hasta terminar. Le hubiera gustado decirle alguna palabra de aliento.

—Lavardén terminó de separarse en 1999. El mismo año en que dejó de ejercer. ¿Sabe por qué se separó?

—Por supuesto. La esposa lo traicionó. Tenía un amante.

—¿Federico Cugi, verdad?

—Sí. Usted es muy inteligente. Nunca lo dijimos.

—¿Nunca se le ocurrió que estaba equivocado?

—No sé en qué.

—Virginia se cansó de Lavardén. Él tenía una amante.

Orbietto levanta las dos cejas, en un gesto habitual en él.

—Siempre fue mujeriego. Disculpe que lo diga. No me llama la atención que tuviera una amante. Tuvo varias. Estuve enterado de todos sus asuntos amoros. Él me lo contaba.

—Con esta fue distinto.

—¿Por qué?

—Don Orbieto, usted ignora quién era la amante. Sé que no sabe. Usted no lo hubiera ocultado de saber.

—¿Quién era la amante?

—Juliana Cugi.

4 – Algunas chicas dicen cosas imprevistas

Orbietto se queda inmóvil. Parece no respirar.

—Juliana Cugi o Juliana Conte, de soltera, cometió varios crímenes antes. Seguro que se acuerda de los casos de Susana Rolfo y Mirta Zelaya. Una tenía sesenta años y era la dueña de una casa de antigüedades; la otra, sesenta y ocho y mucho dinero en joyas. Fueron muy comentados en los diarios.

—Me acuerdo muy bien.

—También se acuerda del caso del joyero Eladiez.

—Claro.

—Juliana los asesinó a los tres.

—¿Cómo está tan segura?

—La forma en que los mató es parecida a lo que hizo con- Fiorito. Con Cugi, fue distinto. Erró la puñalada. Es una asesina violenta, pero no es la asesina de las esposas.

—¿De dónde sacó toda esta información?

—Ya lo sabrá, si hace falta. Empecé a investigar después de escuchar lo que Lavardén le contó de Luz en el restorán.

—¿Cómo pudo escuchar si estaba sentada a varios metros?

—Es simple. Dos teléfonos celulares. Dejé uno en la mesa. Lo tapé con una servilleta. Me levanté y me senté en otra mesa. Los celulares están interconectados. Tienen un dispositivo que permite escuchar, aunque el que sirve de micrófono esté apagado. Ya ve, nada de otro mundo.

A pesar de las circunstancias, Orbietto sonríe.

—Notable —dice.

5 – Algunas chicas dicen cosas imprevistas

—¿Entiende qué significa lo que le estoy contando?

Una sombra de amargura le cubre la cara y dice:

—Entiendo perfectamente.

—Juliana fue interrogada por la policía. La habían visto con Eladiez el día anterior del asesinato. Se convirtió en sospechosa. Así, aparece Lavardén en escena.

Orbietto cierra los ojos. Como si estuviera por ser fusilado.

Heidi continúa:

—Juliana lo buscó para que la representara. En ese tiempo, usaba el pelo rubio y, todavía, no se había operado la nariz y los pechos. Margarita no la reconoció al volver a verla hace dos días, cuando usted la llamó. Solo la había visto una vez y vio a una mujer haciendo una consulta. No le llamó la atención. Luz sí, por eso se acordaba de ella. Mire el cuaderno de citas. Jueves 6 de marzo de 1997: Juliana Conte. Cinco meses antes que usted renunciara como juez y volviera al estudio. Desde ese día, Lavardén y ella se vieron fuera del estudio. No le costó librarla de sospechas, por supuesto, supo que era una asesina.

En todo este tiempo, Orbietto no fumó un solo cigarrillo. Algo casi imposible en él.

—Hizo un trato con ella. Mucho dinero en una cuenta en el exterior, una nueva identidad y mantenerla todo el tiempo que fuera necesario hasta llevar a cabo lo que decidió hacer.

—¿Qué decidió?

—Matar a Virginia y a Cugi.

5 – Algunas chicas dicen cosas imprevistas

—Si fue así, demoró años. Y Virginia sigue viva.

—Sí. Debía esperar a estar separado. El divorcio se demoró porque ocultó bienes que el abogado de Virginia terminó por encontrar. Usted conoce a Lavardén. Estaba convencido de que Virginia y Cugi eran amantes. ¿El gran Lavardén cornudo? No lo soportaba. No es un tipo de los que perdonan. Es de la clase rencorosa. ¿Estoy equivocada?

—No.

—Si Virginia moría, la plata que le iba a corresponder en el divorcio, iría en herencia a Analía.Y estaba de acuerdo. Lo que no quería era que Virginia recibiera su dinero para gastarlo con el amante. Virginia se relacionó en el 2000, con Mum. El crimen no se pudo concretar porque Virginia y Mum se fueron a Canadá y volvieron en enero del 2003.

Recién ahora, Orbietto se da cuenta de que no fumó un solo cigarrillo en todo este tiempo.

Como si se hubiera olvidado de tomar una pastilla, enseguida enciende uno.

—La sigo escuchado —dice.

—Pocos meses después del regreso de Virginia, Lavardén me pidió que fuera a vivir con él. En el interín, los asesinatos de las esposas. Fíjese, en el 99, Lavardén le pidió a Juliana que se levantara a Cugi. Juliana es atractiva y seductora, ya la vio. Fue sencillo para ella. De ahí en adelante, dejaron de acostarse y solo se comunicaban por teléfono. Juliana, por iniciativa propia, llegó más lejos y se casó con Cugi. Tuvo una hija. Y todo redondo. Heredaría al marido y cobraría lo que Lavardén le pagaría. Él no quería que quedara ningún ratro en el mundo que le recordara haber sido humillado. Lavardén tampoco es el asesino de las esposas, pero esos crímenes le vinieron como anillo al dedo para aprovechar asesinando a Cugi y, luego, a Virginia. Juliana no alcanzó a matar a Virginia. Al perro Lalo se le ocurrió orinar y el plan de Lavardén tuvo que ser interrumpido.

—¡Dios mío! —dice Orbietto.

—Cuando entendí lo que pasaba, fui a prevenir a Virginia.

—Si sos la que creo que sos, no me vengas a joder.

—¿Te pensás que estoy como para boludear? Dejame pasar y te muestro una foto.

Heidi se sienta frente a Virginia. Le muestra una fotografía.

—¿La conocés?

—Claro.

—¿De dónde?

—Era amante del hijo de puta de tu novio.

—Nunca fue mi novio y no tengo más nada que ver con él.

—¿Te rajó?

—No. Yo a él. Porque no es lo que parece.

—Mirá vos, Analía me dijo que eras muy inteligente. Pensé que me picaba para joderme. Pero tenía razón.

—Contame cómo te enteraste.

—Cambié de analista. Estacionaba el coche y vi al sorete con la putona esa. Le pedí el divorcio. El sorete se negó. No quería darme lo que me correspondía y necesitaba tiempo para esconder la guita y otros bienes.

—Lo que hizo pelota fue cómo me trató el gordo de mierda de Orbietto. Como una basura. El amigo podía cagarme, pero si yo, cuando ya no dormíamos juntos, tenía un romance, era una puta. El gordo de mierda y el sorete le calentaron la cabeza a mi hija y ella cree que cagué al padre, un buen hombre. Y ese tipo es cualquier cosa menos bueno. Any es lo que más quiero en la vida. Por ahí, es mejor que se quede con la imagen idealizada de su padre.

Analía se levanta.

—¿Querés un café?

—Vine para decirte una cosa importante.

Analía, de pie, espera que le diga.

—Juliana quiere asesinarte.

—¿Y usted le contó a ella lo mismo que a mí?

—No. Le dije que no se preocupara. En poco tiempo, Any sabría quién es realmente su padre y usted se disculparía con ella, que lo quiso mucho. Y le dije que se disculparía porque era cierto que usted era gordo, pero no de mierda. Le dije que usted es el mejor tipo que conocí, después de mi papá. Y como quiero que sea de mi familia, le voy a presentar a mi tía Amelia, que hace treinta años ganó concursos de belleza y cocina las pastas como nadie.

Orbietto iba a decir algo, pero las palabras se quedaron en su garganta. Pestañeó varias veces.

—Oiga, don Orbietto, estamos hablando de crímenes. No se me ponga sentimental. Si ya sabe que lo quiero mucho.

—Y yo a usted, yo a usted —repite en voz muy baja.

1 – Alguien que hace cosas malas

Lo sobreestimé hasta que me di cuenta de que estaba inflado como un globo.

Es tan pedante que se creyó el dueño del juego.

Ignora que siempre mando yo mando. Yo decido.

Griselda alcanzó a beber media botella de cerveza.

Podría decirse que debió haberla tomada toda antes de morir. Pero ella tomó la mitad de la botella; otros, ni siquiera pueden destaparla.

Nunca me gustó la cerveza. Me gusta el champán. Puedo tomar una botella sin emborracharme.

También puedo tomar media botella y no quedarme con las ganas. No es necesario tomarlo todo.

Alcanza con un poco.

Lo necesario para sentirse bien.

Hay que aprender a vivir la vida.

Siempre se debe hacer lo que da placer. Lo demás, afuera.

Lo que molesta, se elimina.

Y hay que aprender a ver bien todo lo que está alrededor.

Es lo que nunca aprendió Patricio Lavardén.

Esto es lo que sabrá en unos minutos.

Estoy esperándolo.

Será una sorpresa.

La sorpresa de su vida.

2 – Alguien que hace cosas malas

Entré a la cochera. Estuve acostada en el asiento trasero del coche, esperando. Podía ver la puerta del ascensor.

No demoraría en bajar. Escuché el ascensor.

La puerta se abrió.

Me tiré al piso del auto.

Subió al coche.

—¿Cómo estás, Patricio? —le dije.

Se sobresaltó.

No pudo girar la cabeza.

Se quedó quieto.

Tenía el cuchillo en el cuello.

Me miró por el espejo retrovisor.

Pudo ver mi sonrisa.

Pude ver su sorpresa.

Debe haberle parecido increíble.

Algo imposible.

Así quise que fuera.

—Te gané, Patricio. Las mujeres que maté eran parte de crear un enigma para jugar con vos. Mi único objetivo siempre fue el mismo: vos. No sos más que un idiota muy soberbio que se cree montado en un pura sangre y el cuero no le da más que para montar un caballo de calesita.

Seguía mirándome por el espejo.

Sus ojos reflejaban su miedo.

Disfruté viendo su miedo.

—*Blue moon*, luna azul. La canción era una pista y no porque sea tu preferida. Hay otra razón. No te la voy a decir.

Gozaba del momento. Estuve años esperándolo.

—¿Recordás que ese día te desafié? Gané con amplitud. Te aplasté. Pisoteé su infinita soberbia. No sos más que un imbécil. Tan idiota que ni siquiera sabés cuál es la verdadera razón por la que vas a morir. Tampoco pienso decírtela.

Seguía inmóvil. A lo mejor, esperaba misericordia. Pobre y patético hombrecito.

—Esa tarde, dije que la cuestión no era cómo asesinar, sino que no sospecharan de mí. Dijiste que me atraparían. Te respondí que podría estar delante tuyo y no sabrías que soy la asesina. Cumplí en eso y con creces. ¿O no?

Comenzó a temblar.

Me hizo gracia.

Su cuerpo temblaba de miedo. Ni siquiera tenía un poco de dignidad en el momento de su muerte.

Le corté el cuello.

Un corte perfecto de izquierda a derecha.

Su cabeza cayó sobre el volante.

Lo empujé hacia el asiento del acompañante.

Me bajé del auto sonriendo.

En la vida suele ocurrir lo que parece imposible

Orbietto cree estar viviendo un sueño. Una pesadilla atroz.

—Lavardén está en la cochera. Lo mató ahí. En un rato, empiezan a trabajar los forenses —dice Sergio Bogo.

Orbietto no puede hablar. Está en estado de shock.

Heidi lo toma de la mano.

Bogo dice:

—Por lo que me contaron ustedes, fue Juliana Cugi.

Con la voz temblorosa, Orbietto dice:

—Heidi, usted dijo que nunca la íbamos a atrapar. Es la asesina perfecta y nosotros imperfectos.

—No me incluya en lo de imperfectos —le responde Heidi.

A pesar de las circunstancias, Bogo no puede evitar sonreírse.

Bogo contesta el celular.

—Me dicen que Juliana está desde la tarde con la familia Parrado. Se sigue quedando en casa de ellos. Mandé gente a verificarlo. Se pasó todo el día con ellos. Otra gente amiga del matrimonio, comió con todos ellos, a la hora en que mataban a Lavardén. Juliana está descartada. La coartada es buena.

—Juliana no es la asesina de las esposas. Puede ser que haya pensado en matar a Lavardén, después de cobrar, si es correcto que hizo lo que le pidió. Matándolo, cerraba toda posibilidad de ser sospechosa de algo —dice Orbietto.

—Y quedar impune —dice Bogo.

—Por ahora, sí —contesta Heidi.

—Entonces, pensás que podemos llegar a apresarla.

—A Juliana, sí. A la asesina de las esposas, imposible.

Orbietto murmura:

—Dijimos que era la asesina perfecta. Y usted nos dijo que, si ella era perfecta, nosotros, que éramos hombres imperfectos, jamás la atraparíamos.

—Eso dije.

—Tarde o temprano, puede cometer un error —dice Bogo.

—No. Ella nunca comete errores —dice Orbietto.

Se siente muy mal. Se desabrocha la corbata.

Le falta el aire.

Bogo reacciona rápido y llama por teléfono.

Pide una ambulancia.

Heidi sostiene la mano de Orbietto.

1 – Hay chicas que son muy traviesas

Heidi entra al departamento.

—¿Todo bien? —le pregunta Yafa.

—De diez. Tengo hambre.

—Del restorán del viejo, traje milanesas, papas fritas, ensaladas, qué sé. Hay hasta para pasado mañana. ¿Y el gordo?

—Quedó de cama. Se fue a la casa. Lo acompañé, junto con Bogo. Le dieron un sedante. Va a dormir veinte horas.

—Como a buen gordo, le hiciste tragar todo.

—Pensé que, a lo mejor, dudaba, pero no. Se creyó que Lavardén mandó a Juliana a matar a la ex mujer y a Cugi. Le faltan treinta años de pensar para entender que el asesinato de Cugi no tenía ninguna relación con Lavardén. Ni se le ocurrió que fue un asunto de Juliana sola.

—La mina estuvo bien, pero la cagó.

—Si la hubiera hecho sin meterse con quienes no debía, le hubiera salido redondo. Bastaba decir que estaba con el amante y llegó el marido. Se mataron entre ellos, llama a la policía, se hace la esposa arrepentida y desesperada. Y listo. Pero creyó que debía hacer pasar al salame de Fiorito por el asesino de las esposas para hacer todo más creíble.

—Una boluda. Lo de usar esponjas para pasar la sangre de uno al otro, fue muy bueno.

—Esa sí.

—Al gordo ni se le ocurrió que Lavardén se volteó a Juliana dos o tres años y, después ella se levantó a Cugi. Lavardén le debe haber contado que era el amante de la ex mujer. La mina vio guita: una buena herencia y el seguro de vida. Lo pateó a Lavardén y se fue con Cugi. Este pobre tipo estaba condenado desde que franeleó por primera vez con Juliana. La mina hizo todo bien. Se casó, se embarazó, actuó como una típica señora burguesa que vive en una casa con pileta de natación, con una hija y un perro. Y que sufre porque descubre que el marido la caga con otra.

—La ensalada está rebuena. Tu viejo es un capo de la cocina.

2 – Hay chicas que son muy traviesas

—¿Hubo alguna molestia con Juliana?

Yafa se está sirviendo ensalada. Contesta:

—Na. La seguí. Fue a un supermercado. Esperé que saliera. La boluda se subió al coche. Estaba por arrancar, le hice señas. Me acerqué sonriendo, bajó el vidrio. Con un solo movimiento, le corté el cuello. Cinco segundos. Me fui.

—Después de comer, escribimos esa parte.

—Me parece que hay que alargar algunas partes. Y falta incorporar los diálogos de los dos investigadores. Mientras te esperaba, cambié los nombres de las minas asesinadas y eliminé el

de Lavardén por otro. Después, fijate si te gusta el nuevo nombre y apellido.

—Hiciste bien. Y tenés razón, hay dos o tres cosas más de *Alguien que hace cosas malas* que vamos a corregir —dice Heidi.

—Va a ser una buena novela policial. Dos investigadores, uno termina asesinado por la asesina que buscan. En la segunda novela de la saga que escribiremos, el que queda vivo busca a la asesina. Esta vuelve a cometer nuevos crímenes, da pistas. Él las sigue. Está obsesionado.

—Y lo degüellan. Y la asesina sigue siendo un misterio. Y llegamos a la tercera novela con la asesina de protagonista.

—El gordo no estaba errado en pensar que había más de un asesino. Pero agarró para el lado de los cañaverales.

—Sí, se las traga todas. Es muy afectivo. Le falta la frialdad de Lavardén. La frialdad que tienen los hijos de puta.

—Y ni se imaginó que fuiste vos la que lo llamaste, desde el baño del cine, para hacerlo escuchar *Blue Moon*. Encendiste el grabador periodista con el tema, acercaste el celular. Listo.

—Lo peor es que no se le pasó por la cabeza y menos a Lavardén que la canción era la única pista. El primer asesinato lo cometimos el 30 de noviembre de 2001, con luna azul. Y el último, el del hijo de puta, con la luna azul del 31 de julio de 2004. Le anunciamos un asesinato para ese día y los dos genios de la investigación no vieron que la canción indicaba el comienzo y el final del ciclo de crímenes.

—Hay que reconocer que no cualquiera sabe que la segunda luna llena en el mismo mes se llama luna azul y que es algo que pasa cada dos años y pico o tres. Estos tipos no tenían ni idea de astronomía. Seguro que no leían el horóscopo —dice Yafa.

Se ríen. Se las ve divertidas.

—La pista era la única y clara. Además, al gordo le dije que las pistas anunciaban un asesinato. ¿Qué más querían?

—Lo genial es que le resolviste todas las pistas y jamás sospecharon de vos. El gordo te creyó que el mail lo mandó el propio Lavardén. Ni se imaginó que lo escribí yo. Como a vos, me tuvieron adelante y se fueron viéndome como una gran y dulce chica, muy poética, que regala sus obras. El gordo hasta me quiso comprar el maniquí. Más bien que se lo regalé.

—Esa es tu parte buena. Y sos así. Dios y el Diablo están en el alma de todos los seres humanos.

—Filosófico y cierto. Bajo de nivel: habría que poner más sexo en las escenas con las mujeres.

—Pienso igual.

—Tendrías que haber filmado cuando mataste a Lavardén. Me hubiera gustado verle la cara cuando te vio por el espejo.

—Se lo merecía el hijo de puta. El viejo y él estaban remetidos en Contur. El sorete de Patricio Lavardén fue el que más hizo para hacer desaparecer la evidencia del crimen de mis viejos.

—Ya la pagó. Cómo se la hiciste creer fue increíble. Hasta esos toque de sensibilidad, estilo película de los años 1940. Hacer apa-

recer a la hija fue conmovedor en noche de navidad. Como el aumento de sueldo a la sirvienta. De verdad, sos una genia.

—Somos.

—Vos sos la genia, yo la ayudante de la genia.

—Dejate de joder. Y el aumento de sueldo, se lo di en serio. La pobre mujer se estaba cagando de hambre. Cambio y paso a otra cosa. Sabés, al gordo lo convencí rápido de que Luz nunca existió. La histérica de Margarita vino como frutilla del postre. Y que se acordara de vos porque le pediste la toallita higiénica, buenísimo. Al gordo no se le ocurrió que cincuenta minutos con Lavardén te alcanzaron para hacer todo lo que él le contó.

—Cuando me pediste que le dijera a la secretaria que me había indispuesto y si tenía algo que me pudiera poner, me pareció una boludez. Pero tenías razón. Como pintarme los tatuajes, el lunar, el piercing, el corte de pelo, hablar zezeando, todo lo calculaste al milímetro para tener la paciencia de usarlo diez años después. Por eso sos una genia —dice Yafa.

—Esa tarde con Lavardén, improvisaste todo y cada cosa que hiciste fue una genialidad.

—Tu abuelito ficticio dijo que la comadreja termina por caer en la trampera, solo hay que tener paciencia. Diez años de paciencia. Lavardén nunca se imaginó que la trampera eras vos.

Heidi toma sevenap.

—Me está agarrando sueño.

—Empiezo a escribir.

—Dale.

—¿Con el gordo vamos a hacer algo?

Heidi se saca las zapatillas, las medias, el pantalón.

Después, dice:

—Veremos. El gordo me tomó de hija. Lo hice emocionar diciéndole que lo quiero mucho. Cada hombre tiene su debilidad. Lavardén, las mujeres. El gordo, la hija que perdió. Y me puse en el papel de hija sustituta.

—Sos una guacha.

—Dejemos que pase el tiempo. Hasta que llegue un año en que haya luna azul y tengamos ganas. Esto fue muy divertido.

—Doce mujeres muertas y soy la ganadora. Yo limpié a siete, contando a Juliana.

—Y yo a Lavardén, que vale tres. Gané yo, ocho a siete.

—No seas mala jugadora. Te concedo que Lavardén vale por dos. Así que fue empate.

—Mirá, no te discuto porque me caigo del sueño. Aparte, no jugamos nada, ni estaba enterada de que me querías ganar. La próxima vez, avisame.

—Es joda, boluda. Mirá si vamos a competir. Mejor dicho, sí. Yo soy más linda.

—Tenés cara y cuerpo de feto.

Heidi se acuesta boca abajo.

—¿Sabés qué nos está faltando en la novela?

—¿Qué?

—La historia de amor. Siempre decís que en una buena novela tiene que haber una historia de amor.

—Y la hay, boluda.

Yafa se acerca.

Se pone sobre ella.

—Qué lindo culito —dice.

—Pará, ninfómana. Dejame dormir.

Yafa le saca toda la ropa.

La deja desnuda.

—Desahogate mientras duermo.

Yafa le pasa la lengua por la espalda, le separa las piernas, la lame con delicadeza.

Heidi dice:

—Me vas a hacer perder el sueño.

—Dormí, amor. Dormí.

—Qué novia rompebolas que tengo.

—Pero me amás.

—Lo tengo que pensar.

—Pensalo.

—Dale, seguí.

Heidi se da vuelta. Toma a Yafa de la cara.

La besa en la boca. Junta su lengua con la de Yafa.

Se aparta y, mirándola a los ojos, le dice:

—Te amo y toda la vida voy a amarte.

—Tenés razón. Hay una historia de amor.